

Los guanches
de
Tenerife

ó
La conquista
de Canarias

35

DE

de Vega

Version libre de Claudio de la Torre

COLECCION TEATRO N° 380 (EXTRA)

LOS GUANCHES DE TENERIFE
O
LA CONQUISTA DE CANARIAS

J. M. Alzola
Peregrina, 15
Las Palmas de G.C.

OBRAS CLASICAS PUBLICADAS
EN ESTA COLECCION *

205. *Don Juan Tenorio*, de José Zorrilla.
215. *El alcalde de Zalamea*, de Calderón de la Barca.
220. *Fuenteovejuna*, de Lope de Vega.
225. *Del Rey abajo, ninguno*, de Francisco de Rojas.
230. *El desdén con el desdén*, de Agustín Moreto.
240. *Don Alvaro o La fuerza del sino*, del duque de Rivas.
245. *Sainetes madrileños*, de don Ramón de la Cruz.
250. *Las mocedades del Cid*, de Guillén de Castro.
265. *Reinar después de morir*, de Luis Vélez de Guevara.
270. *El esclavo del demonio*, de Antonio Mira de Amescua.
280. *El burlador de Sevilla y Convidado de piedra*, de Tirso de Molina.
295. *El caballero de Olmedo*, de Lope de Vega.
305. *El hombre de mundo*, de Ventura de la Vega.
310. *El anzuelo de Fenisa*, de Lope de Vega.
360. *Los locos de Valencia*, de Lope de Vega.

(*) Todos son números extraordinarios.

LOS GUANCHES DE TENERIFE

O

LA CONQUISTA DE CANARIAS

COMEDIA EN TRES ACTOS,
DIVIDIDOS EN DOCE CUADROS,

original de

FREY LOPE FELIX DE VEGA CARPIO

Versión libre de

CLAUDIO DE LA TORRE

*A San Miguel de los Baños con
una fuente alcega de
Miguel de la Torre*

Sept. 1913.

EDICIONES

ALFIL

PREMIO NACIONAL DE TEATRO

Nº Copia 777777

COLECCION
TEATRO

*

© 1963, by ESCÉLICER, S. A.—Héroes del Diez de Agosto, 6.—
Madrid.—Reservados todos los derechos.—Los representantes de la
Sociedad General de Autores de España son los únicos encargados
de autorizar la representación o adaptación de esta obra.

N.º de Registro: 3.388-63. Depósito legal: M. 8.968-1963

TALLERES GRÁFICOS ESCÉLICER, S. A.—CANARIAS, 38, MADRID.

La versión de esta comedia fue estrenada en el Teatre Guimerá, de Santa Cruz de Tenerife, el 15 de diciembre de 1962, por la Compañía Lope de Vega, bajo la dirección de José TAMAYO, con el siguiente

REPARTO

(Por orden de aparición.)

LOS ESPAÑOLES

DON ALONSO DE LUGO	<i>Salvador Soler Mari.</i>
DON LOPE FERNÁNDEZ	<i>Rafael Calvo.</i>
EL CAPITÁN CASTILLO	<i>Carlos Ballesteros.</i>
EL CAPITÁN TRUJILLO	<i>Roberto Sampsó.</i>
EL TENIENTE VALCÁZAR	<i>José Luis Sanjuán.</i>

LOS GUANCHES

TINGUARO	<i>Anastasio Campoy.</i>
EL REY BENCOMO	<i>José Sepúlveda.</i>
SILENO, <i>el agorero</i>	<i>Juan Amézaga.</i>
LA INFANTA DÁCIL	<i>Irene Daina.</i>
SILEY	<i>Luis Galdós.</i>
MANIL	<i>Antonio Soto.</i>
FIRÁN	<i>Francisco Carrasco.</i>
PALMIRA	<i>Rosita Palomar.</i>
ERBASIA	<i>Angelines Nuevo.</i>
EL ARCÁNGEL SAN MIGUEL	<i>Miguel Rubio.</i>

Ilustraciones musicales: GUSTAVO PITTALUGA.

Decorados y figurines: EMILIO BURGOS.

La danza típica "El Canario", interpretada por el Grupo de Coros y Danzas de la S. F., y montada por HÉCTOR ZARASPE.

Ayudante de dirección: ANTONIO AMENGUAL.

Supervisión escénica: CLAUDIO DE LA TORRE.

A MANERA DE PROLOGO

Tuve siempre una especial predilección por el poema de Antonio de Viana, sobre todo en los años de mi juventud, cuando en el grupo de la "joven literatura" nos deslumbraba el hallazgo de una imagen nueva, como si se tratara del rostro real de una mujer. Recuerdo el retrato de Dácil:

Hermoso rostro de color de nieve
con fuego y sangre misturado a partes,
y como al cielo claro, lo estrellaban
algunas pecas como flores de oro.

Aún me conmueve la imagen con su fresca originalidad. Imaginaba al estudiante tinerfeño por las calles de Sevilla, a un siglo apenas de distancia de la conquista de su isla, soñando con el mundo fabuloso del archipiélago, que era ya de España. El poema de Viana, bastante extenso, se publicó en Sevilla en 1604, con el título de Antigüedades de las Islas Afortunadas de la Gran Canaria. Conquista de Tenerife y apareamiento de la Imagen de Candelaria. Entre los sonetos laudatorios que se leen en el libro, hay uno de Lope de Vega.

A Lope debió sorprenderle el poema. Era algo nuevo para su fantasía: unas costumbres, unas vidas, un paisaje distinto ante sus ojos; una naturaleza y unos seres, no utilizados en la escena española, que tenían forzosamente que tentar su inspiración de poeta y dramaturgo. Así, siguiendo fielmente el poema, Lope escribió Los guanches de Tenerife.

Sabemos que en la segunda lista de El peregrino se da una obra de Lope de Vega con el título de Conquista de Tenerife, y que, en 1606, el actor Alonso de Riquelme compra a Lope, en Toledo, una comedia titulada El cerco de Canarias. Probablemente se trata de la misma obra. Para nuestra versión hemos utilizado el texto que la Real Academia Española publicó en 1900, con el título de Los guanches de Tenerife y conquista de Canarias, texto que tenemos por definitivo, junto a la edición comentada y anotada por la profesora María Rosa Alonso.

Tuve siempre la impresión al leer esta comedia —y Dios sabe los escrúpulos con que la expongo— que, cautivado nuestro Fénix por la belleza del mundo que le descubría el poema de Viana, se dejó llevar de tal modo por la inspiración que compuso una exquisita obra poética, en la que incluso brilla con luz de milagro una de las escenas pastoriles más bellas de nuestro repertorio clásico, pero descuidó, en cambio, los valores teatrales en la construcción general de la comedia.

Como siempre he pensado que el mejor homenaje a nuestros clásicos consiste en acercarlos a nosotros, me he permitido alterar el orden de algunas escenas, construir la obra de otra forma, aclarar los versos a veces laberínticos de Lope, suprimir aquellas divagaciones tan características de la época, que me han parecido hoy innecesarias y acortar algunas escenas. Por eso he creído conveniente advertir que se trata de una versión libre.

Hice esta versión hace unos años, pero la suerte que guía a ciertas comedias quiso que se estrenara en Tenerife, que es el verdadero lugar de la acción. Que yo sepa, es, además, la única obra de nuestro teatro clásico que tiene como tema central la conquista de Canarias, lo que bastaría para colocarla en lo más alto de nuestra estimación.

Modestamente, he querido también sumarme al homenaje que debemos los canarios al primero de nuestros autores, por habernos recordado tan oportunamente en su época, en el momento más glorioso del teatro español.

CLAUDIO DE LA TORRE

ACTO PRIMERO

CUADRO PRIMERO

La nave de los conquistadores. DON ALONSO DE LUGO habla a su gente, reunida en cubierta.

DON ALONSO. Tercera vez animosos
a Tenerife volvéis,
a probar los belicosos
brazos que ya conocéis
de sus guerreros famosos.
Tercera vez este mar
de nuevo vuelvo a pasar,
pues desde la Gran Canaria,
por tanta fortuna varía,
nos dan sus puertas lugar.
Aquél Arcángel divino
en quien tengo devoción,
y que en nuestra guarda vino,
nos dará en esta ocasión
luz, puerto, amparo y camino.

DON LOPE. El nos sirve de fanal
y su espada celestial
pondrá a estos bárbaros yugo.

C. CASTILLO. Gran don Alonso de Lugo,
nuestro invicto general:

sola Tenerife queda
de estas islas de Canaria
que resistírse nos pueda,
y, así, es cosa necesaria,
por si es que en valor exceda
a los guerreros pasados,
o conquistarla o morir
como españoles soldados;
que esta empresa no es seguir
las fortunas ni los hados.

DON ALONSO. Castillo, vuestro valor,
no estas islas, todo el mundo
lo reconoce.

C. CASTILLO. Señor,
en vuestro valor lo fundo,
como del mundo el mayor.

C. TRUJILLO. ¿Es tierra, por dicha, aquélla?

DON LOPE. Parécelo en los celajes.

C. CASTILLO. ¡Tierra, tierra! ¡Oh, quién en ella
pusiera el pie!

DON LOPE. Los paisajes
descubren lo lejos de ella.

DON ALONSO. ¡Ea, españoles valientes,
que salten los corazones
por ver los guanches presentes!

C. CASTILLO. Si he pretendido blasones
con enemigos ausentes,
aquí los haré verdad.

DON ALONSO. ¡Ondas, el puerto acercad!

DON LOPE. ¡Favor, Arcángel Miguel!

C. TRUJILLO. ¡Puerto es ése!

C. CASTILLO. ¡Echadme en él!

DON ALONSO. Frena tu temeridad.

C. CASTILLO. Yo procuro vuestra gloria
más que mi honor y memoria.

DON LOPE. Toma ejemplo de Trujillo.

C. CASTILLO. ¡Salte en la tierra Castillo,
que él os dará la victoria!

(Desaparece la nave con los conquistadores, mientras se oye como un canto de sirenas, alejándose. Al extinguirse el canto, entran en escena DON ALONSO DE LUGO y su séquito.)

DON ALONSO. Este sitio me parece
que hemos de fortificar.
Esta peña lo guarnece
y de esta parte la mar
segura defensa ofrece.

DON LOPE. A las espaldas, las naves
es lo mejor.

DON ALONSO. Ya lo sabes.

(Se sientan en las rocas.)

Generosos caballeros:
en razón de esta conquista
ved lo que puedo ofreceros.
La tierra otras veces vista
anime vuestros aceros.
Seréis de ella señores
y como conquistadores
la repartiréis, ganada
por los filos de la espada,
tantas veces vencedores.
Yo, aunque soy el general,
seré en partirla el menor
y con un soldado igual,
lo que tengo por mejor
y juzgo por principal.
No penséis en oro, plata
ni seda. Estos guanches son
gente que en ganados trata,
lejos de toda ambición.
Sí lo que estos montes crían
es honra, victoria y fama
que desde España nos llama
y que sus reyes nos fían,
hemos sólo de tratar
del interés de la guerra.

- C. CASTILLO. La isla se ha de ganar.
Ya, sin ganar esta tierra,
no hay que volver a la mar.
- C. TRUJILLO. Trátese cómo ha de ser
la conquista, en qué concierto.
- C. CASTILLO. Si me pedís parecer,
desde que tomamos puerto
debí ir yo a reconocer.
Quiero probar mi fortuna.
- C. TRUJILLO. Si ha de ir persona alguna
a reconocer, haced
a Trujillo esta merced,
que no quiero otra ninguna.
- C. CASTILLO. ¿Y no merece Castillo
esta empresa como vos,
señor capitán Trujillo?
- DON ALONSO. De la ambición de los dos
me quejo y me maravillo.
No tengamos pesadumbres
al principio de la guerra.
- DON LOPE. Son ya sus viejas costumbres.
- C. CASTILLO. Yo sé un poco de esta tierra.
- C. TRUJILLO. Y yo he pisado sus cumbres.
- C. CASTILLO. ¿Y ha de faltar ocasión
para que ganéis después
premio, gloria o galardón?
- C. TRUJILLO. Buena ocasión ésta es,
puesto que todas lo son.
- DON ALONSO. ¡Caballeros, bien está!
Lo más prudente será
echar suertes.
- DON LOPE. Eso es justo.
- C. TRUJILLO. Diga Castillo su gusto.
- C. CASTILLO. Creo haberlo dicho ya.
- DON ALONSO. Venid, Lope. Aquel que acierte...
- DON LOPE. ¿Cómo han de hacer?
- DON ALONSO. De esta suerte:
Sacad, como yo, la daga.
- DON LOPE. ¿Qué queréis que diga o haga?

- DON ALONSO. Demos las dos a escoger
a los dos de esta manera.
Aquel que mi daga quiera
se parta a reconocer.
- DON LOPE. Tomad, que así hemos de hacer
la elección.
- DON ALONSO. Va la primera.
¿Cuál de estas dagas te agrada?
- C. CASTILLO. La dorada.
- DON ALONSO. ¿A ti, Trujillo?
- C. TRUJILLO. La misma.
- DON LOPE. No hicimos nada,
porque Trujillo y Castillo
ven que es tuya la dorada.
- DON ALONSO. Acércate, ven aquí
¿Qué haré?
- DON LOPE. Dos ciudades di,
o dos capitanes fuertes.
- DON ALONSO. César y Alejandro.
- DON LOPE. En suertes,
César fuera para mí.
- DON ALONSO. Capitanes, aquí están
César y Alejandro. ¿A quién
escogéis?
- C. CASTILLO. Otros dirán
a Alejandro, y dirán bien,
que fue el mejor capitán.
Pero yo a César me inclino
porque supo lo que obró.
- C. TRUJILLO. Yo, al griego, que fue divino.
- DON ALONSO. Quien dijo César, ganó.
- C. CASTILLO. Por aquí tomo el camino.

*(Sale el CAPITÁN CASTILLO. Oscuro. Empieza a
oírse el canto de los agoreros, sin palabras.)*

CUADRO SEGUNDO

(Termina el canto. Entran los agoreros, precedidos de TINGUARO. Se inclinan ante el REY BENCOMO.)

TINGUARO.

Aquí llega Sileno, tu agorero,
para saber, señor, como has mandado,
si a tu famosa isla, Tenerife,
volverán otra vez los españoles.

BENCOMO.

Mis recelos habéis adivinado.
Di, Sileno, ¿qué piensas?

SILENO.

Rey invicto
de esta famosa isla, que ya sola
queda en la sangre antigua de los guanches,
que tantos siglos se llamaron dueños
de las Canarias: yo he mirado atento
todas las cosas que al servicio tuyo
han sido convenientes estos días,
y he hallado en la observancia de los árboles
en las ondas del mar, en las estrellas,
en el salir del sol y en el ponerse,
en los nocturnos cantos de las aves,
en las entrañas de las muertas fieras
y en otras cosas mil, que a Tenerife
vuelven tercera vez con alas blancas
aquellos negros pájaros de España
que, como ya sabéis, llaman navíos.
La determinación con que ya llegan
es de morir o conquistar la isla.

BENCOMO.

Mas, ¿voy yo acaso a conquistar a España?
¿Tengo pájaros yo que allá me lleven?
¿Codicio las mujeres de su tierra,
las galas que se visten y las cosas
de que adornaron sus dichosos reinos?
¿Qué es lo que quieren, por qué se me persigue?
¿Qué tengo yo que de su gusto sea?
¿Qué riquezas me ven, qué plata y oro?

TINGUARO. No te entristezcas, gran señor, ni al cielo
te quejes de las cosas, que es más justo
rendirle gracias que enviarle quejas.
¡Vengan los españoles, vengan; traigan
riquezas que nos dejen de sus tierras
y cosas peregrinas que nos honren,
como otras veces de experiencia sabes.
Vasallos tienes que sabrán quitárselas
y resistir su turía. ¿Por qué temes
la fuerza de unos hombres que, traidores,
fingen al fuego, truenos y relámpagos,
pues no saben luchar, correr, dar saltos,
jugar un árbol, esgrimir un pino,
tirar un arco, derribar un toro
asido por los cuernos diestramente?

SILENO. Dice Tinguaro bien, y es cosa indigna
de tu valor temer los españoles,
que sólo con engaños nos combaten.
¡Quién supiera como ellos hacer aves
de madera labrada, lienzo y cuerdas,
con que volar encima de las aguas!
¡Quién armas de metal resplandeciente
con que resisten nuestras duras flechas!
¡Quién vestidos tan ricos de colores!
¡Quién aquellos cañones, rellenos
de voces, de centellas y de balas,
que vienen por los aires resonando!
Si ellos fueran valientes, cuerpo a cuerpo
probaran nuestras fuerzas, o esgrimiendo,
como dice Tinguaro, un fresno, un pino.

BENCOMO. Conozco, amigos, que esa gente astuta
lo que le falta en fuerzas tiene en ánimo.
Pero debo estimar el alto ingenio
con que saben hacer cosas tan raras.
Bien sé que tengo yo vasallos fieles
que sabrán defenderme y atacarles,
pero puedo quejarme de mi suerte,
tirana para mí, pues no ofendiéndoles,
ni teniendo riquezas que codicien,

vienen en son de guerra hasta estos montes,
sólo de árboles llenos y de peñas.

(Queda el REY pensativo. Se retira el cortejo con TINGUARO y vuelve a oírse el canto de los agoreros. Entra DÁCIL, la hija del REY. Hay una pausa mientras se alejan las voces.)

BENCOMO: ¿Qué es lo que quieres de mí,
que tan humilde te veo?

DÁCIL. Que me cumplas un deseo,
pues de tu sangre nació.

BENCOMO. ¿Qué puedes tú desear,
hija, que yo no lo quiera?

DÁCIL. En esa verde ribera,
cuya selva pisa el mar,
hay una fresca laguna
que vierte una fuente bella.
Quisiera bañarme en ella,
pues más bella no hay ninguna.
Míranse en su claridad
tantos árboles frondosos,
que se enloquecen de hermosos
al ver tanta novedad.
Las copas que en torno están,
cuando las sacude el viento,
¿qué cuerdas en instrumento
más suave acento dan?
Tal copia de ánades llueve
y tanto en sus aguas medran
que parece las empiedran
de copos de blanca nieve.
En los árboles ya secos
dentro del agua, hacen nidos
mil pájaros, escondidos
entre los ramillos huecos.
Porque entretejen, señor,
de lo que traen en los picos,
unos edificios ricos
de nunca vista labor.

Alrededor, todo el suelo
 de tantas flores se tiñe,
 que diríase que ciñe
 el agua al arco del cielo.
 Y si a laguna tan bella
 no ser muerta le conviene,
 puedes jurar que alma tiene
 cuando el sol se mira en ella.
 Porque de su cuerpo fragua
 un recogido arrebol,
 y así el retrato del sol
 le sirve de alma en el agua.
 Hija, de suerte has pintado
 esa laguna, esa fuente,
 que, de ser más diligente,
 me viera en ella a tu lado.
 No quiero estorbar tu gusto,
 pero advierte que tememos
 los españoles, que ya hemos
 probado bien su disgusto.
 Dos veces se han atrevido
 a esta isla con su armada,
 y dos veces de su espada
 las dos hemos resistido.
 Tenemos la vez tercera
 por la gente que nos falta,
 cuya sangre roja esmalta
 toda esta blanca ribera.
 Hoy hemos de consultar
 a nuestro dios sobre el caso.
 El más peligroso paso
 es de esa laguna al mar.
 Irán cincuenta soldados
 en guarda tuya, y la harán
 bañándote, aunque estarán
 lejos del agua alojados.
 De otra suerte, no es razón.
 Digo, señor, que es muy justo,
 y que a mi quietud y gusto
 de mucha importancia son.

BENCOMO.

DACIL.

DÁCIL.

Agua suave y ligera
que, mansamente corriendo,
parece que vas haciendo
camino a la primavera.
Siendo día riguroso
del más ardiente verano,
extiende tu blanca mano
por este cristal hermoso.
Prepárame un blando lecho
en las ondas de esta fuente
porque a su fácil corriente
ponga el abrasado pecho.
Tú, hierba, esconde en tus flores
arco, flechas y vestido.
Quede así todo escondido
entre tus varios colores.
Esta rama quede aquí.
¡Aves, en ella posad!
Cantaréis la libertad
con que sin amor nací.
Todos dicen que es amor
una pasión que conquista
la libertad por la vista
con apacible dolor.
Pero yo no la he perdido,
que de mil cosas que veo
ninguna he dado al deseo,
ni el alma por el oído.

(Se dispone a entrar en el agua.)

¡Válgame el sol! ¿Qué es aquello?
¿Es gigante aquel tan alto
que con uno y otro salto
viene levantando el cuello?
Hombre parece, y vestido.
Pero, ¿cómo, si lo es,
camina con cuatro pies?
¡Ay, triste!, ¿si me habrá oído?

Dos caras tiene, mas no,
 que ya en dos se va partiendo.
 Uno es chico; no lo entiendo,
 si es persona como yo.
 El otro ha dejado al pie
 de un árbol. El viene acá.
 ¡Ay, Dios, si me matará!
 Yo soy muerta si me ve.
 Pero pronto he de subir
 a cualquier álamo de estos
 que, sobre la fuente puestos,
 miran las aguas reir.
 En él estaré segura,
 porque llamar a mi gente,
 alejada de esta fuente,
 sería vana locura.

(Se sube a un árbol. Entra el CAPITÁN CASTILLO.)

C. CASTILLO. ¡Qué hermosa y fresca laguna!
 Parece un luciente espejo.
 ¡Qué fuente mansa y sonora!
 ¡Juega perlas con el viento!
 Beber quiero, que ella misma
 parece que está diciendo:
 “¡Bebed, capitán Castillo,
 en esta copa de hielo!”

(Bebe.)

¡Bendígate Dios, amén!

(Se sienta junto al agua.)

Bien será que descansemos
 en esta margen florida,
 en cuya alfombra me siento.
 Mas, ¡qué de imaginaciones,
 qué de varios pensamientos
 acuden a un hombre solo,
 estando en el campo al menos!

Aquí pensara un poeta
escribir en dulces versos
la fábula de Narciso,
el príncipe de los necios
que se enamoran de sí.

(Se mira en el agua.)

Pero, ¿qué es esto que veo?
¿Cómo puede ser que haga
dos sombras mi propio cuerpo
como se ven en las aguas
de este cristalino espejo?
Cuando en el vino las viera
no fuera el milagro nuevo,
pero verlas en el agua
no carece de misterio.
Alzo la vista a los álamos
que en las ondas están viendo
sus verdes ramas. ¡Ay, Dios,
no en vano dos sombras fueron
las que retrataba el agua!
¡Qué bello es ese mancebo,
a no ser que sea mujer
como lo muestra el cabello!
Mas, ¿si es ave de estas islas,
que los que del Mundo Nuevo
vuelven a España, nos cuentan
mil embrujos como estos?
¡No, no! ¡No es ave, por Dios!
Si es fruta, no tiene precio.
¡Bien haya el árbol que cría
fruto de tanto sustento!
Aunque un filósofo dijo,
viendo a la mujer de un griego
en una alta higuera ahorcada
por cierta cuestión de celos,
que si todas las higueras
criaran higos de aquellos,

fuera el árbol más hermoso
de cuantos sustenta el cielo.
Mas, ¿si es ángel, por ventura?
En muchas historias leo
que a capitanes cristianos
en guerra se aparecieron.
Quiero hincarme de rodillas.

(Se hinca ante el árbol.)

¡Ángel, nunca fui tan bueno
que vengas a visitarme!
Ya ves las faltas que tengo:
soy el capitán Castillo,
enamoro, juro, juego,
aunque lucho de verdad,
pues por tu Señor peleo.
Muchas heridas sufrí
por la fe. ¿Callas? Sospecho
que buscas a don Alonso,
santo y devotó en extremo
del Arcángel San Miguel.
Pero, ¿por qué ese silencio?
Si eres alguna invención
de estos salvajes isleños,
que adoran, tratan y hablan
con los diablos del infierno...
asirte quiero de un pie.

(Coge a DÁCIL por un pie.)

DÁCIL.

¡Tente, español!

C. CASTILLO.

¡Santos cielos!

DÁCIL.

¡Tente, español!

C. CASTILLO.

Ángel, baja,

y pues tienes lengua, hablemos.

DÁCIL.

Ya bajo

C. CASTILLO.

¿Qué es lo que dices?

DÁCIL.

Que bajo.

C. CASTILLO.

Poco te entiendo.

Hará poco que eres ángel,
 porque de serlo más tiempo
 hablar español supieras.
 ¡No he visto rostro tan bello!
 Dime tu nombre. ¿Quién eres?

DÁCIL.

Una mujer que, temiendo
 tu furia, allí me subí.

C. CASTILLO.

A mi fortuna lo debo;
 y de mayores venturas
 téngolo por buen agüero
 que seas el primer rostro
 que en estas montañas veo.
 Tres días ha que camino
 por lagunas y por cerros
 en busca de algún indígena
 que llevar a los que dejo
 aguardándome en la playa.
 ¿Me entiendes?

DÁCIL.

Poco te entiendo.
 Y a no haber de otras batallas
 tres o cuatro compañeros
 tuyos quedado en la isla
 por cautivos de su dueño,
 no te entendiera palabra;
 que por mi contento aprendo
 algo de vuestro español.
 ¿Quién eres?

C. CASTILLO.

DÁCIL.

Esto.

C. CASTILLO.

¿Qué es esto?

DÁCIL.

Lo que ves.

C. CASTILLO.

¿No tienes nombre?

DÁCIL.

Dácil me llamo, y ya puedo
 llamarme cautiva tuya.

C. CASTILLO.

Dácil, no temas.

DÁCIL.

No temo.

C. CASTILLO.

Soy un soldado español.

DÁCIL.

¡Lindo español!

C. CASTILLO.

Aquí vengo.
 entre los conquistadores.

DÁCIL. ¡Lindo español!
 C. CASTILLO. Hoy me han hecho
 reconocer esta isla.
 Perdóname si te llevo
 conmigo para que cuentes
 la disposición del reino
 y lo que importa saber
 antes que por él entremos.

DÁCIL. ¡Lindo español!
 C. CASTILLO. No soy lindo.

Trigueño, sí; barbinegro,
 aunque ningún boquirrubio
 me gana en ponerme tierno.
 Que aunque en la guerra me tienen
 por atrevido y soberbio,
 delante de una mujer
 soy un tímido conejo.

¿Me ves aquí? Pues te digo
 que me acontece riñendo
 matar dos y herir catorce,
 de suerte alentado y diestro,
 y en volviendo a ver mi dama
 llorar dos horas de celos,
 le sufro mil bofetones,
 araños, voces y enredos.

DÁCIL. ¿Entiendes esto que digo?
 ¿Dices que vienes dispuesto
 matar muchos de nosotros,
 y a mí, que también soy de ellos,
 darme muchos bofetones
 y tirarme los cabellos?

C. CASTILLO. Veo que no has entendido.
 Pero no perdamos tiempo
 y alejémonos de aquí.

DÁCIL. ¡Lindo español! Yo te alejo

*(Sale DÁCIL, guiando al CAPITÁN. Entran SILEY
 y los indios.)*

SILEY. En el estado me tiene su tardanza.

MANIL. Tienes mucha razón, y ser podría
que pensando en el agua hallar templanza,
la sepultare ya su arena fría.

FIRÁN. Yo la llamé cuanto la voz alcanza,
pero no respondió.

SILEY. (Llamando.) ¡Señora mía!
¡Hermosa infantil!

(Responde el eco.)

Sólo me responde
el eco que en los árboles se esconde.

MANIL. ¡Dácil! ¡Ah, Dácil!

FIRÁN. Es tiempo ya perdido.
Sin duda se ahogó, ¡triste!

MANIL. Mas, ¿qué haremos?

SILEY. No, Firán, que estuviera aquí el vestido.

MANIL. Con cuidado las huellas observemos.

SILEY. Algún extraño mal le ha sucedido.
Por esta senda misma caminemos,
que señas ha dejado, a la costumbre
nuestra, de su desdicha y pesadumbre.
La sarta que de blancos caracoles
llevaba al cuello, de ambar guarnecidos,
en señal que la llevan españoles
rompió, y dejó en las sendas esparcidos.

MANIL. Bastará que unas ramas enarboles,
o dos cendales de ese fresno asidos,
para que los cincuenta nos juntemos.

FIRÁN. Por estos caracoles la hallaremos.

SILEY. Ved aquí uno.

FIRÁN. Y este otro. Vamos.
siguiendo este camino.

MANIL. Dos son éstos.

¡Qué ventura será si los hallamos!

SILEY. Ved aquí tres sobre esta hierba puestos.

FIRÁN. ¿No es gente aquélla?

MANIL. Mejor nos escondamos.

SILEY. Aquí aguardad. Para morir, dispuestos,
cincuenta somos. ¿Qué teméis?

MANIL. Espera,
que es sólo un hombre. ¿Morirá?

SILEY. No muera.

*(Se ocultan los tres. Vuelve a entrar DÁCIL,
guiando siempre al CAPITÁN.)*

C. CASTILLO. Parece que no me guías
hacia la mar, y a la tierra
me vuelves.

DÁCIL. Tu miedo yerra
si en ese engaño porfías;
que no voy tan descontenta,
como imaginas, contigo.

C. CASTILLO. Bien puedes venir conmigo,
que va tu honor a mi cuenta.
Mi nombre es Castillo, y vas
como dentro de un castillo.

DÁCIL. De tu honor me maravillo.

C. CASTILLO. Tus prendas merecen más.

DÁCIL. Por lo que en tu trato advierto,
o tú eres el más honrado
del mundo, o yo no te agrado,
que debe de ser lo cierto.

C. CASTILLO. En lo último te engañas,
mas contigo me sucede
lo que a un hombre que ver puede
frutas de tierras extrañas;
que viéndolas tan hermosas
bien las desea comer,
mas teme que puedan ser
por desdicha venenosas.
Confíesote que no sé
comer, Dácil, tu hermosura;
que temo que en tu blandura
mi muerte y veneno esté.

DÁCIL. Nos tenéis por hechiceras
a las mujeres canarias,
los españoles.

C. CASTILLO. Las varias
naciones, siendo extranjeras,
de los peligros se guardan.

*(Irrumpen en la escena guardianes y guerreros,
rodeando la laguna.)*

SILEY. ¡Matadle, matadle ahora!
C. CASTILLO. ¿Ves cómo es verdad, señora?
Pero nunca se acobardan
los Castillos como yo.

DÁCIL. ¡No le matéis!
C. CASTILLO. No podrán.

DÁCIL. Yo lo mando, capitán:
¡no le matéis!

SILEY. ¿Por qué no?

C. CASTILLO. Déjalos, si quieres ver
lo que vale un español.
SILEY. ¡Más vale un hijo del Sol!
DÁCIL. ¿No me vais a obedecer?
El español ha venido
con la armada de Canaria,
que tantas veces contraria
para Tenerife ha sido.
Entrando a reconocer
me halló, y, tan bien me ha tratado,
que a lo que veis me ha obligado.

SILEY. Acatarte es mi deber,
pero el Rey se ha de enojar.

DÁCIL. Escucha, Manil.

MANIL. Señora...

DÁCIL. A este capitán, ahora,
has de guiar hasta el mar,
que él te tratará muy bien.

MANIL. Yo haré tu gusto, que es justo.

DÁCIL. Lo que te digo es mi gusto.

MANIL. Español, conmigo ven.

DÁCIL.

Parte, capitán; si ~~así~~
allá te acuerdas de mí...

C. CASTILLO.

Que me acordaré de ti
no lo dudes.

DÁCIL.

No querría.

Toma en prenda este cordón,
en señal de que me pesa
el no ir contigo presa,
quedando en mayor prisión.

C. CASTILLO.

Pues yo, ¿qué te puedo dar?
Sólo estas plumas te doy,
porque si ya tuyo soy,
¿para qué quiero volar?

DÁCIL.

Vaya el sol contigo.

C. CASTILLO.

¿Cómo,

si en ti se me pone el sol?

DÁCIL.

El te acompañe, español.

C. CASTILLO.

Tu luz y tus rayos tomo.

(Salen CASTILLO y MANIL.)

SILEY.

Eres la hija del Rey.
¡Buena ocasión me perdí!
¿Qué puedo hacer?

DÁCIL.

Por aquí,
ahora vámonos, Siley.

SILEY.

A fe, que se ha de enojar
tu padre por lo que has hecho.

DÁCIL.

Me hace más feliz, sospecho,
dejarle que vuelva al mar
que verle contigo ir.

SILEY.

¿Por qué?

DÁCIL.

Porque ese por qué
yo lo siento, yo lo sé,
y no lo quiero decir.

*(Salen. Oscuro. Se oyen, acompasados, unos
redobles graves de tambor.)*

CUADRO CUARTO

(Al hacerse de nuevo la luz se descubre un túmulo funerario. Cesan los redobles.)

- DON LOPE. Todos, en fin, de parecer han sido que no es posible que quedase preso el capitán, pues el caballo, herido, se vino al mar desde aquel monte espeso. Por muerto se ha llorado y se ha tenido culpando todos su atrevido exceso, y el general, piadoso, a honrarle viene con el postrer honor que un muerto tiene.
- C. TRUJILLO. Mal agüero, ¡por Dios!, de la victoria hacer hoy las exequias de Castillo, aunque así las merezca su memoria.
- DON LOPE. Del general son órdenes, Trujillo.

(Vuelve a oírse el redoblar del tambor. Entra DON ALONSO DE LUGO, seguido de un alférez, que arrastra una bandera, al frente de unos soldados en formación. Cesa el redoble.)

- DON ALONSO. Téngale Dios, soldados, en su gloria.
- DON LOPE. Aquí ha llegado el capitán Trujillo.
- DON ALONSO. Honraréis, capitán, a un gran soldado.
- C. TRUJILLO. Y al amigo que tuve más honrado.
- DON ALONSO. Salió de aquí con el valor que viste, y trájonos las nuevas de su muerte su caballo perdido. Así, más triste me dejó el recordar su ánimo fuerte.
- C. TRUJILLO. Si a todos los difuntos luto vistes, bien ganarás la isla de esta suerte, no porque de su honor, señor me pesa, sino por lo que alargas nuestra empresa.

(Entran, sin ser vistos, el CAPITÁN CASTILLO y MANIL.)

C. CASTILLO. Entra, que ya no es razón
que te vuelvas sin que hables
al general de la Armada.

MANIL. Agravio, español, me haces;
que yo no vengo cautivo,
pues me mandaron guiarte.

DON LOPE. Señor, ¿no es aquél, Castillo?

DON ALONSO. ¡Válgame Dios!

C. CASTILLO. Capitanes,
¿qué nueva capilla es ésta?
¿Ha muerto Lope Fernández
o el general don Alonso?

DON ALONSO. Por ti las honras se hacen,
que todos estamos vivos.

C. CASTILLO. Mil años el cielo os guarde.

DON ALONSO. Tu caballo, malherido,
que por esos arenales
vino sin ti, nos ha puesto
en cuidados semejantes.

C. CASTILLO. Os lo agradezco, señores,
mas mucho os anticipásteis,
que ganas no tengo ahora
de morirme ni enterrarme.
Días estuve perdido
en esas lagunas grandes,
hasta que en una encontré
una prosa inolvidable, | e
porque era del rey Bencomo
la hija, la infante Dácil,
que se bañaba en las aguas,
confiada, aquella tarde.
La quise traer conmigo,
pero dándonos alcance
cincuenta bárbaros, ella
no consintió que me maten.
Y para que más seguro
hasta la mar me guiase,
de su servicio me dio,
como lo veis, este guanche.

DON ALONSO. ¡Prodigiosa historia!
 C. TRUJILLO. ¡Extraña!
 DON LOPE. ¡Es peregrina y notable!
 ¿Entiendes algo?

MANIL. Sí, entiendo,
 que aunque salvajes nos llaman
 allá, vuestros españoles,
 no somos tan ignorantes.
 Las veces que habéis venido
 por maestros nos dejásteis
 algunos cautivos vuestros.
 Si no hablo bien, perdonadme.

DON ALONSO. ¿Sabe tu Rey mi venida?

MANIL. De un agorero lá sabe.

DON ALONSO. ¿Tiene gente?

MANIL. Mucha gente.

DON ALONSO. ¿Gente bastante?

MANIL. Bastante.
 Porque aunque fuéramos pocos,
 uno de los nuestros vale
 por doscientos de vosotros,
 que, a juzgar por vuestros trajes,
 no sois de mucho valor.

DON ALONSO. Bien puede ser que te engañes,
 porque aun en trajes lucidos
 caben corazones grandes.

MANIL. ¿Cómo podéis tener fuerzas
 que a nuestras fuerzas se igualen,
 abrochados y ceñidos
 por el cuerpo en todas partes?
 Los brazos, en esas mangas.
 ¡Y los pies, para que andes,
 en zapatos tan estrechos!
 Las piernas, ¿de dónde salen,
 atadas con esas ligas?
 ¡Ni es posible que se ensanche
 con tan estrechas ropillas
 el corazón por las carnes!
 Aquí sí que, en traje libre,

hallaréis hombres gigantes
que se comerán un toro
y se beberán dos mares,
y machacarán de un golpe
con un buen tronco de sauce
diez o doce de vosotros.

C. TRUJILLO. Bueno está, isleño, no hables.
Y si os preciáis de valientes,
retirémonos aparte
y luchemos. Va de apuesta.

MANIL. ¡Si fuera seis años antes
tú me vieras victorioso!
Porque, ahora, ciertos males
han marchitado mis bríos..

DON ALONSO. No le enojemos, dejadle.
Mas ya que viniste aquí,
dime: ¿es tu Rey hombre grave?
¿Castiga, premia, en qué entiende?
¿Téñis leyes? ¿Hay ciudades?
¿Cómo os gobernáis aquí?

MANIL. Raro que no preguntases
si tenemos plata y oro.

DON ALONSO. No los busco.

MANIL. Ni te canses.

Pobres cabañas tenemos;
leyes, no hay quien las quebrante;
aquí no hay nadie que mienta,
ni a su Rey se atreve nadie.
Lo que él manda se obedece,
lo que él quiere, eso se hace.

DON ALONSO. ¿Cómo te llamas?

MANIL. Manil.

DON ALONSO. Pues lleva al Rey, que Dios guarde,
de cuanto aquí ven tus ojos,
un presente de mi parte.

MANIL. ¿Qué le llevaré?

C. CASTILLO. Tú, escoge.

- MANIL. Dame un cuello.
C. CASTILLO. El que te agrade.
Si quieres llevarle el mío...
MANIL. El tuyo quiero llevarle.
C. CASTILLO. Toma.
MANIL. Ya parto contento,
que espero el Rey me lo pague.
C. CASTILLO. ¿Por qué?
MANIL. Porque éste es el molde
de los cuellos arrogantes,
y así tomará medida
para que los corte y mate.

(Sale corriendo. Ríen todos.)

TELON

ACTO SEGUNDO

CUADRO PRIMERO

(Canto y baile de "El Canario".)

- CORO.** Españoles bríos,
mirar y matar.
¡Volveréis vencidos!
¡Fan, falalán!
- VOZ PRIMERA.** Vino a las Canarias
por el rey Don Juan,
con lucida armada,
un gran capitán.
- VOZ SEGUNDA.** Puso gente en tierra,
salió de la mar,
tomó cuatro islas.
Por el Rey están
Lanzarote, el Hierro,
y luego se da
la Fuerte Ventura,
en el nombre más.
- CORO.** Españoles bríos,
mirar y matar.
¡Volveréis vencidos!
¡Fan, falalán!
- VOZ PRIMERA.** Católicos Reyes
que en Castilla estáis:
Fernando, a quien ciñe

laurel militar;
 Isabel gloriosa
 que ahora enviáis
 con fuertes soldados
 nuevo general,
 nuestra Tenerife
 no penséis que está
 tan desnuda de armas
 como allá pensáis.

VOZ SEGUNDA. Los rayos de fuego,
 plomo y alquitrán,
 no espantan los guanches
 de nuestro lugar.

VOZ PRIMERA. Los pájaros negros
 con que el mar pasáis
 dejarán las alas
 o aquí morirán.

CORO. Españoles bríos,
 mirar y matar.
 ¡Volveréis vencidos!
 ¡Fan, falalán!

(Salen todos al terminar el baile. Por distintos lugares de la escena entran, cautelosos, el CAPITÁN TRUJILLO y PALMIRA. Luego, VALCÁZAR y ERBASIA.)

PALMIRA. Si por ese monte abajo
 quieres llegar a las cuevas,
 entre esas palmeras nuevas
 hallarás pronto un atajo.
 Luego, una fuente pequeña
 que forma en el prado un charco,
 y apenas a un tiro de arco,
 enfrente, una blanca peña.
 Allí, señor capitán,
 hay una amplia habitación
 en la que hacen reunión
 cuantos a la guerra van:
 los jefes más importantes,

los más valientes y diestros
de los nobles guanches nuestros,
en los que hay muchos gigantes.
Ayer fue mi padre allá,
que por eso estás aquí
y el compañero que ahí
con mi amiga Erbasia está.
Dicha habéis los dos tenido
que celebren su consejo,
que, aunque ya mi padre es viejo,
es valiente y mal sufrido.

Al principio llevé mal
dar esta noche posada,
en mi cueva mal labrada,
a español tan principal.
Mas después que conocí
la blandura de tu trato,
perdí el natural recato
y la libertad perdí.

Y me pesa que te vayas,
mas quiera Dios que tengáis
la tierra que deseáis
en estas desiertas playas,
y que no os maten aquí,
como otras veces, los nuestros.

C. TRUJILLO. Pues a esos hermanos vuestros,
si me das crédito a mí,
hemos pronto de tener
como hermanos, pues queremos
darles la fe que tenemos.

PALMIRA. Por lo que puedo entender
de vuestra lengua, español,
sé que engañados están.

Pero, ¿cómo dejarán
por tu Cristo a nuestro Sol?

VALCÁZAR. A reconocer la tierra
salimos Trujillo y yo.
¿Me entiendes bien?

ERBASIA. Muy bien, no.

VALCÁZAR. Esto es costumbre en la guerra.

Llegamos anoche aquí,
tú y esa tu amiga fuisteis
tan corteses, que nos disteis
cena y posada.

ERBASIA.

Fue así.

VALCÁZAR.

Pues, ¿quién se puede olvidar
de tan justa obligación?

ERBASIA.

En prenda de tu afición,
¿qué me das?

VALCÁZAR.

Te quiero dar
el alma.

ERBASIA.

¿Cuándo ha de ser?

VALCÁZAR.

Ya te la he dado.

ERBASIA.

¿Tú a mí?

VALCÁZAR.

Sí.

ERBASIA.

¿Cuándo?

VALCÁZAR.

Esta noche.

ERBASIA.

Y di,

VALCÁZAR.

¿es que no la puedo ver?
Dentro de ti la hallarás
después que me haya partido.

PALMIRA.

Dime, español bien nacido,
si de mí te acordarás.

C. TRUJILLO.

En prenda de la memoria
que quiero guardar de ti,
Palmira, el alma te di,
de amor la mayor victoria.

PALMIRA.

¿El alma?

C. TRUJILLO.

¿Tu alma no ves?

PALMIRA.

Nunca la he visto, ¡por Dios!

C. TRUJILLO.

Pues juntas están las dos.

PALMIRA.

Yo la buscaré después.
Te estoy muy agradecida
que tu alma me hayas dado.

*(Suenan, lejanas, las caracolas marinas reuniendo
a los guerreros.)*

C. TRUJILLO.

Estoy con un gran cuidado.
Quédate con Dios, mi vida.

que, si Dios nos da victoria,
nos volveremos a ver.
PALMIRA. De tu alma has de tener,
aunque no quieras, memoria.

*(Salen TRUJILLO y VALCÁZAR. Oscuro. Vuelven
a oírse las caracoías, acercándose.)*

CUADRO SEGUNDO

(Entra el REY BENCOMO con su séquito.)

BENCOMO. Pero, ¿qué quieren de mí
esos españoles locos?
TINGUARO. Te repito que son pocos.
BENCOMO. ¿Estás bien seguro?
TINGUARO. Sí.
que Manil habló con ellos.
BENCOMO. ¿Quién es Manil?
TINGUARO. Un pastor.
de mi ganado.
SILEY. El valor
natural que alienta en ellos,
sin otro interés, los mueve.
BENCOMO. Pues si es deseo de gloria,
nada más, ¡pobre memoria
la fama a su nombre debe!
Yo soy un rey que, el primero,
salgo a guardar mi ganado,
y es mi palacio dorado
la cueva de un risco entero.
Sólo la Naturaleza
mis aposentos labró
y en ellos no encierro yo
la codiciada riqueza.
Sobre pieles de animales
duermo, hasta que sale el día,
desde que la noche fría
baña sus negros umbrales.

Es harina de cebada,
 en un gánigo molida,
 mi sustento y mi comida,
 sobre unas brasas tostada.
 Gusto la silvestre fruta,
 que a nuestros árboles debo,
 y agua con las manos bebo
 de cualquier vecina gruta.
 Con caracoles pequeños
 me adorno alguna mañana
 el cuello, en trenzas de lana,
 que son adornos isleños.
 Si, pues, toda mi riqueza
 es de humildes caracoles,
 ¿a qué venís, españoles,
 a conquistar mi pobreza?

TINGUARO.

Si las veces que han venido
 tantas vidas han dejado,
 ¿qué es lo que te da cuidado?
 Ver que despiertan mi olvido.

BENCOMO.

(*Entra MANIL.*)

MANIL.

Poderoso rey Bencomo:
 vengo al instante de ver
 del español, su poder.

TINGUARO.

¿Tú, Manil?

MANIL.

Sí, señor.

BENCOMO.

¿Cómo?

MANIL.

Serví a un capitán de guía,
 por mandato de la infanta.
 Su fuerza vi, que no es tanta
 como su loca osadía.
 Hablé con un general,
 y el de ti me preguntó.
 Le respondí, y creo yo
 que a propósito y no mal.
 Sus pájaros negros vi,
 y de lienzos son sus alas,

con palos, cuerdas y escalas,
 porque es que vuelan así.
 Díjome aquel su mayor
 que te escogiese un presente
 de lo mejor de su gente,
 y este te traigo, señor,
 porque veas de qué modo
 traen los cuellos armados
 ¡tan aguerridos soldados!
 Muestra a ver.

BENCOMO.

MANIL.

Míralo todo.

(Le da el cuello de CASTILLO.)

BENCOMO.

Esto, cosa blanda es.
 Si así defienden sus cuellos,
 bien podréis cortar en ellos.

MANIL.

Lo que desde lejos ves,
 de cerca todo es así.
 Te repito que lo vi,
 y no lo olvidé después.
 No hay que temer, gran señor.

BENCOMO.

MANIL.

A mi hija este adorno lleva.
 Por gala española y nueva
 gozará de su favor,
 porque desde ayer está
 llena de mortal tristeza.

BENCOMO.

Del español la fiereza
 notable temor le da.
 Ya se imagina cautiva,
 y, así, soy de parecer,
 porque contento y placer
 en vez de temor reciba,
 que, pese a los españoles,
 haya fiestas, bailes, juegos,
 convites y grandes fuegos,
 Si ellos resisten tres soles
 sin que se vuelvan al mar,

SILEY.

tenme por hombre que miente.

BENCOMO.

Juntad, pues, toda la gente,
 no a partir, sino a esperar,

que en medio de esta montaña
les quiero hacer un engaño.
TINGUARO. Más en tu bien que en tu daño
volverá esa gente a España.

(Sale el REY con su séquito. Queda solo MANIL.)

MANIL. Aunque al español traté
poco tiempo y de camino,
a su valor peregrino
aficionado quedé.
No me enfada su nación,
aunque regresé a la mía,
y de hablarle me holgaría
en cualquier otra ocasión.
Preparemos el presente
de la infanta. ¡Lindo es!

(Entra DÁCIL.)

DAME, señora, tus pies.
¡Oh, Manil!
MANIL. El cielo aumente,
gran señora, tu hermosura.
DÁCIL. ¿Cómo quedó el español?
MANIL. Sano y salvo, vive el Sol,
y así él me dé ventura.
DÁCIL. ¿No es gallardo?

MANIL. Yo no vi
hombre que se le igualase.
Dijo que te recordase
que está sin alma por ti.
DÁCIL. Pues, ¿dónde se le cayó?
MANIL. En ti dice que la tiene.

DÁCIL. ¿En mí?
MANIL. Si a jurarlo viene,
no le creas, como yo.

DÁCIL. Si es que el alma me la diera,
¿no iba yo a verla, Manil?

- MANIL. Será cosa tan sutil
que se entrara donde quiera.
- DÁCIL. No la siento, ¡por el Soll!
- MANIL. Pues, sin duda, está contigo.
- DÁCIL. Busquemos, Manil, amigo,
el alma de ese español.
- MANIL. Mira si está en el cabello.
- DÁCIL. ¿Cómo puedo separar
las hebras?
- MANIL. Púdose entrar
en tu pecho por el cuello.
- DÁCIL. Ya lo miro, y no está aquí.
- MANIL. Pues el español no miente,
que es esforzado y valiente
como ningún otro vi.
Desnúdate, y por ventura
la hallarás donde sospecho.
- DÁCIL. No sé qué tengo en el pecho
desde que vi su figura,
que no me deja dormir
ni en cosa tener placer.
- MANIL. El alma debe de ser,
que allí debe de vivir.
- DÁCIL. Mas, ¿por dónde se entraría?
- MANIL. Por los ojos, digo yo.
- DÁCIL. ¡Por ellos, sin duda, entró!
¿Hay mayor hechicería?
¡Triste de mí que, en mi apuro,
no podía ni dormir!
- MANIL. Que esos deben de venir
con hechizos, es seguro.
- DÁCIL. ¡Así estoy desde ayer tarde,
que me muero y no sosiego;
todo mi pecho es un fuego!
- MANIL. De alma ajena, Dios me guarde.
Este cuello me ha mandado
tu padre, el Rey, que te dé,
pues hoy tu tristeza ve.
- DÁCIL. ¿Quién te lo dio?

MANIL.

Aquel soldado.

DÁCIL.

¿Mi capitán?

MANIL.

Sí, señora.

DÁCIL.

Déjame darle mil besos,
que no son muchos excesos
de quien a su dueño adora.
¿Me podré el cuello poner?
¿Por qué no?

MANIL.

Ayuda.

DÁCIL.

Verás...

MANIL.

¿Me sienta bien?

DÁCIL.

Bella estás.

MANIL.

¡Oh, quién se pudiera ver!

DÁCIL.

Bien puedes mirarte en mí.

MANIL.

¡Si fueras quien pienso yo...!

DÁCIL.

Dame el alma que te dio
y el que piensas seré así.

MANIL.

En tu buen juicio no estás.

DÁCIL.

Vamos, ¿hay hombre hechicero?

Si ya con dos almas muero,

¿para qué otra alma me das?

(*Entran PALMIRA y ERBASIA.*)

PALMIRA.

Alégrate, que también
tenemos almas nosotras.

DÁCIL.

¿Os las han dado a vosotras
y lo tenéis por un bien,
sin llorar amargamente?

ERBASIA.

Antes nos hace alegrar.

MANIL.

Debióronselas de dar
con los cuerpos juntamente;
y como a ti no te han dado
sino el alma, no te espante
si a un olvido semejante
vive tu cuerpo obligado.

DÁCIL.

Mas, ¿no sentís no sé qué
de esas almas españolas,
allá, cuando estáis a solas?

PALMIRA.

Yo no.

ERBASIA.

Ni yo.

DÁCIL.

Dicha fue.

Sólo un consuelo me calma
la sed, en estas riberas:
ya no te irás aunque quieras,
español, que estás sin alma.

(Oscuro. Vuelven a sonar las caracolas lejanas.)

CUADRO TERCERO .

(Entran el CAPITÁN TRUJILLO y VALCÁZAR.)

C. TRUJILLO.

No pasé en toda mi vida
noche con mayor cuidado,
en una cueva encerrado.

VALCÁZAR.

Mas no fue noche perdida.

C. TRUJILLO.

Cayéndome estoy de sueño.

VALCÁZAR.

Yo, en llegando a este lugar,
donde puedo descansar,
de mis ojos no soy dueño.

C. TRUJILLO.

Esta peña me parece
segura para dormir.
No hay que al sueño resistir
porque, al resistirlo, crece.

VALCÁZAR.

La noche | hemos pasado, | *que*
temiendo siempre la muerte,
me ha dado un sueño tan fuerte
que en resistir no he pensado.

*(Quedan los dos dormidos. Entran sigilosamente
TINGUARO, FIRÁN y otros guerreros.)*

FIRÁN.

Digo que los vi bajar
del monte.

TINGUARO.

Si gente fuera
que en son de guerra viniera,
no se alejaría del mar.

FIRÁN.

Es que son muy atrevidos.

TINGUARO.

¡Silencio! ¡Tienes razón!
¿Son éstos?

FIRÁN.

Los mismos son,
que deben de estar dormidos.

TINGUARO.

¿Tan vuestra la tierra es,
españoles fanfarrones,
que en nuestras propias naciones
tan puestos tenéis los pies
que de esta suerte dormís?

FIRÁN.

¿Dejo la maza caer?

TINGUARO.

Bajeza no se ha de hacer
cuando conmigo venís.
El que duerme, muerto está.
No he de matar yo a los muertos.

FIRÁN.

Pues matémoslos despiertos.

TINGUARO.

Firán, su hora llegará.
El arma que trae ceñida
le quiero ahora quitar
sin que lo haga despertar.

FIRÁN.

Muestra a ver.

TINGUARO.

(*Mostrando la espada.*)

Está vestida.

FIRÁN.

Quítale la camisola.

TINGUARO.

No acierto.

FIRÁN.

Ponla en el suelo.

Tira.

TINGUARO.

Que es así recelo.

FIRÁN.

¡Ved la traición española!

¡Ay, lo que dentro tenía!

Tócala, a ver.

TINGUARO.

Estaos quedos.

FIRÁN.

¿Sueltas?

TINGUARO.

¡Me corté los dedos!

FIRÁN.

¡Qué traición!

TINGUARO.

¡Qué alevosía!

FIRÁN.

¿Por dónde se ha de tomar?

TINGUARO.

Alzala por la cabeza.

FIRÁN.

¡Arma extraña!

TINGUARO.

¡Hermosa pieza!

¡Quién la supiera jugar!

Pero veréis, ¡vive el Soll,
que los he de echar de aquí
con la misma.

FIRÁN.

Para mí

quiero la de esté español.

TINGUARO.

No se la quites.

FIRÁN.

¿Por qué?

TINGUARO.

Porque sólo he de cumplir
lo que he dicho, hasta morir,
aunque jugarla no sé.

o

(*Salen. A poco despiertan TRUJILLO y VALCÁZAR.*)

VALCÁZAR.

¿Soñé, Trujillo?

C. TRUJILLO.

¿Qué hay?

VALCÁZAR.

¿Habéis oído algún ruido?

C. TRUJILLO.

Hablar en sueños he oído.

VALCÁZAR.

¿Serían los bárbaros?

C. TRUJILLO.

¡Ay!

VALCÁZAR.

¿Qué buscáis?

C. TRUJILLO.

La espada.

VALCÁZAR.

¿Aquí,

puesta en los tiros, se pierde?

C. TRUJILLO.

Alta está la hierba verde;
cubrirla puede.

VALCÁZAR.

Eso, sí.

C. TRUJILLO.

¡Vive Dios, que no parece!

VALCÁZAR.

¿Qué hemos de hacer?

C. TRUJILLO.

No lo sé.

VALCÁZAR.

Si acaso Palmira fue...

C. TRUJILLO.

Gente a la vista se ofrece.

Volvámonos a la mar,
que estoy mal de esta manera.

El escuadrón nos espera.

No demos que sospechar.

VALCÁZAR.

¿Era buena?

C. TRUJILLO.

¿Cómo puedo

lo que vale encarecer?

No la quisiera perder

por lo que vale Toledo.

(*Salen. Suenan cerca las caracolas. Entra el REY BENCOMO con su séquito.*)

- MANIL. Eso causa su tristeza.
Yo te digo la verdad.
- BENCOMO. ¿Y cabe mayor maldad
que emplear la gentileza?
- SILEY. Como han probado a vencerte
con armas, y no han podido,
los cobardes han querido
con las almas dar la muerte.
- MANIL. Alma le dio un español
a mi hermana. Alma le ha dado,
y así el seso le ha quitado.
- BENCOMO. ¡Brava maldad, por el Sol!
Pero, ¿cómo se la dio?
- MANIL. Ella, por los ojos cuenta.
- SILEY. Para no aumentar tu afrenta,
callaba mi afrenta yo.
Mi hermana, que desposada
con Sigoñe, el general
de tu campo, el más leal
y el más valiente soldado,
de otro español que la vio
tiene el alma, y anda triste.
- BENCOMO. ¿Es cierto que tú lo viste?
- SILEY. Ella misma lo contó.
- BENCOMO. Luego, ¿por esas montañas
dando almas andarán?
- SILEY. Estas, de su capitán
deben de ser las hazañas.
- BENCOMO. Parte, Siley, y dirás
al general de esa gente
que venga, como valiente,
a matar hombres no más;
que no engañe a las mujeres
con dar almas de soldados
a sus pechos descuidados.

SILEY. Lo haré así.
 BENCOMO. Discreto eres.

(Parte SILEY. Se oyen redobles de tambores.)

MANIL. Ya se deben de acercar.
 TINGUARO. ¿Qué mandas hacer, señor?
 BENCOMO. A mi capitán mayor
 mandé escoger y alojar
 a seis mil hombres gallardos,
 como en Tenerife viven,
 que en aquel monte aperciben
 sus mazas, arcos y dardos.
 Acometamos nosotros
 e irémonos retirando,
 y así al irnos alcanzando
 saldrán del monte los otros.
 ¿Dicen que son mil soldados?
 Pues catorce mil seremos,
 y así los montes veremos
 en roja sangre bañados.
 TINGUARO. ¡Vamos, señor, que hoy es día
 de ganar honor y gloria!
 BENCOMO. Vuestra será la victoria,
 que sólo la astucia es mía.

(Van a salir. Llega DÁCIL.)

DÁCIL. Si a luchar das ocasión
 yo moriré de tristeza.
 BENCOMO. Dácil, con mucha aspereza
 juzgas de mi obligación.
 He de alegrarme, que fueron
 a que el general cristiano
 ejecute con la mano
 el intento a que vinieron,
 y no con hechicerías.
 DÁCIL. Señor, yo no puedo más.
 Si él es muerto, ya verás
 el fin de mis pocos días.

BENCOMO.
DÁCIL.

Hija, ¿qué piensas hacer?
Ir a llorar mi desdicha,
porque consiste mi dicha
no en ganar, sino en perder.

(Oscuro. Suenan los clarines guerreros de los españoles.)

CUADRO CUARTO

DON ALONSO DE LUGO delibera con sus capitanes.

- VALCÁZAR. El bárbaro, señor, amedrentado,
estará por sus riscos escondido,
pues apenas se ve ningún soldado.
- DON LOPE. El no habernos la entrada defendido
muestra que su temor, que desconfía,
le hará sin vacilar pedir partido.
- C. TRUJILLO. Cuando por riscos ásperos venía
con Valcázar ayer, reconociendo
qué gente el Rey, qué ejército tenía,
oímos de armas belicoso estruendo,
como de gente a la defensa puesta
que así el ataque iba previniendo.
Esto pensamos: que a salir se apresta
o, por lo menos, resistir el paso.
- C. CASTILLO. Sería ese rumor de baile o fiesta,
o al invocar sus ídolos acaso.
- DON ALONSO. Estos no tienen ídolos, Castillo,
y son sus fiestas en el campo raso.
- C. TRUJILLO. Y de que tal penséis me maravillo,
que muy poco sé yo lo que es el miedo.
- C. CASTILLO. ¿Quién os lo niega, capitán Trujillo?
- C. TRUJILLO. Mayor prudencia aconsejaros puedo.
- DON ALONSO. No haya nueva discordia, es lo que quiero.
Cada cual a sus Reyes ha servido
y que los sirva en adelante espero.
Trujillo dice bien, que haber venido
sin resistencia a parte tan estrecha,
no sin sospecha de peligro ha sido;

y Castillo también, pues no sospecha que hay peligro mayor. No nos cansemos en lo que al Rey no sirve ni aprovecha. Para la santa causa que emprendemos todo recelo llevaré conmigo, ya que tan dentro de la tierra vamos que a combatir no sale el enemigo.

VALCÁZAR.

¡Un bárbaro del monte al llano baja!
Seguirle en su carrera no consigo.

DON LOPE.

¡Para llegar aquí, la senda ataja!

DON ALONSO.

¡Dios querrá que se rindan a partido!

C. CASTILLO.

¡Hola! No suene más trompeta o caja.
El llega valeroso y atrevido.

(Aparece SILEY.)

SILEY.

Oidme bien, españoles,
vosotros que las Canarias
ganasteis a vuestros Reyes,
trayendo por la mar casas
cargadas de hechicerías,
de rayos, truenos y espadas;
vosotros, que a Tenerife
venís con tanta arrogancia,
como si los guanches fueran
hijos de vuestras esclavas;
vosotros, que por dos veces
habéis vuelto las espaldas
y vuestros pájaros negros
tendido en el mar las alas;
Bencomo, Rey de esta isla,
y Rey sin oro y sin plata,
sin aparato y grandeza,
sin palacios y sin guardas;
hombre que, como nosotros,
por estas laderas guarda
cabras monteses y ovejas
silvestres, toros y vacas,
dice que, ya que venís
a conquistar desde España

un campo lleno de piedras,
 un monte cercado de agua,
 luchéis como caballeros
 y peleéis con las armas,
 a lo que nobleza obliga,
 ya que blasonáis de tanta.
 Porque valerse de enredos,
 de invenciones y marañas,
 desdice de aquel valor
 que os dio tan honrada patria,
 pues de algunos nos dijeron
 que nuestras montañas andan,
 a escondidas de los hombres,
 dando a las mujeres almas.
 ¿No os bastan las invenciones
 de relámpagos y espadas
 para que hechicéis los pechos,
 metiendo en los pechos almas?
 A esto, pues, mi Rey me envía:
 a deciros que os aguarda
 en la falda de aquel monte
 para daros la batalla;
 que no ha querido impedir
 de Tenerife la entrada
 para poder, con holgura,
 desnudaros en su casa.

C. CASTILLO. ¡Así Dios te dé victoria,
 déjame, por Dios, que yo haga
 lo que merece, en respuesta,
 ese guanche y esa infamia!

DON ALONSO. No, Castillo, no es razón.
 Débese a las embajadas
 el guardar su privilegio.

C. TRUJILLO. ¿Qué embajada o calabaza?
 Díerale yo un torniscón,
 así, la mano cerrada,
 con que le hiciera tortilla
 las narices en su cara,

y fuera a quejarse luego
de que Trujillo no guarda
al embajador las leyes.

DON ALONSO. ¡Guanche...!

SILEY. ¡Español...!

DON ALONSO. Oye.

SILEY. Habla.

DON ALONSO. Dile a Bencómo, tu Rey,
de quien no son tus palabras,
que yo no vengo a sus islas
ni por oro, ni por plata.
Vengo a obedecer no más
lo que mis Reyes me mandan,
que convertiros desean
a la ley de Cristo santa.
A Fernando y a Isabel,
que así mis Reyes se llaman,
no obliga humano interés,
obliga piedad cristiana,
puesto que no han menester
tierra, sobrándoles tanta
en Castilla y Aragón,
y sin contar la de Italia.
A obedecerle venimos, | s
sin enredos ni marañas.
Estas armas que traemos,
en todo el mundo son armas;
que dar álmás a mujeres
son amorosas palabras
que los bárbaros no entienden.
SILEY. ¡Basta, español, eso basta!
Eso le diré a mi Rey,
que donde digo os aguarda.

(Vase SILEY.)

C. CASTILLO. ¡Qué aguardáis?

DON ALONSO. ¡Ea, señores,
ya la ocasión es llegada!

Hoy es día de mostrar
el valor que os acompaña.

- C. TRUJILLO. ¡Acomete, que son pocos!
C. CASTILLO. ¡Y son tan pocos, que faltan
para Castillo otros tantos!
DON ALONSO. ¡San Miguel, y cierra Español

(*Salen todos. Oscuro.*)

CUADRO QUINTO

(*Danza guerrera del combate entre guanches y españoles. Los españoles acaban retirándose, acosados por los isleños. Cesa la música. Quedan como fondo de la escena, con intermitencias, algún cañonazo lejano y las descargas de los arcabuces. Entran DON ALONSO DE LUGO y LOPE FERNÁNDEZ.*)

- DON LOPE. ¡Retírate, señor!
DON ALONSO. ¡Y está bien hecho
que yo no muera aquí, lugar famoso,
viendo todo mi ejército deshecho?
DON LOPE. Sería, señor, un caso lastimoso.
Si de este monte por lo más estrecho
el rey Bencomo puso, belicoso,
más de siete mil hombres en celada,
¿qué harían el brío y la española espada?
Mil soldados no más, aunque gallardos,
a esos miles de guanches se opusieron.
Con tantas flechas y tostados dardos,
ni con fuegos ni aceros los vencieron.
DON ALONSO. Lope, en la resistencia fueron tardos
por nuestro mal.
DON LOPE. ¡Y qué animosos cortan
con las mismas espadas que trajimos
las vidas que tan caras les vendimos!

(*Entra VALCÁZAR.*)

VALCÁZAR. ¡Oh, valeroso general! ¡Qué haremos, si apenas de mil hombres hay cincuenta? Mira que al no salvarte nos perdemos, pues que tu muerte su victoria aumenta. Permite que en las naves embarquemos. Vuelva siquiera un hombre que dé cuenta de esta desdicha a nuestra madre España.

DON ALONSO. ¿Y no sería morir más justa hazaña?

DON LOPE. ¿Qué ganas en morir, si con la vida puedes aún recobrar lo que has perdido?

(*Entra el CAPITÁN TRUJILLO.*)

C. TRUJILLO. Cobré mi espada, aunque con tanta herida, que vengo poco menos que vencido.

DON ALONSO. ¡Trujillo!

C. TRUJILLO. ¡Don Alonso!

DON ALONSO. La pérdida
batalla, no el honor, que no lo ha sido,
pues que de mil soldados no hay cincuenta,
nos obliga a morir.

C. TRUJILLO. ¡Fuera eso afrenta!

Yo soy de parecer que a la ribera
del mar retires esta poca gente
que se libró de la batalla fiera,
escondida en la cueva de esa roca.

DON LOPE. Y yo, que aunque esta vez fue la tercera,
puesto que nueva sangre nos provoca
vengamos otra vez a Tenerife.

DON ALONSO. ¿Con qué? ¿Sin un soldado ni un esquite?

DON LOPE. Volved a Gran Canaria, que mi hacienda,
mis ingenios de azúcar y otras cosas,
haré que en plaza pública se venda.
Y armaremos dos naves valerosas,
y valerosa gente que así emprenda
en Tenerife hazañas generosas.

DON ALONSO. ¿Valdrá la hacienda...?

DON LOPE. Nueve mil ducados,
que bastan para naves y soldados.

- DON ALONSO. Sólo el volver a Tenerife anhelo.
¡Amigos, reunamos nuestra gente,
que no hay que obrar precipitado y ciego!
C. TRUJILLO. ¡Vamos al mar!
VALCÁZAR. ¡Hacia la mar!
DON ALONSO. ¡Detente!
DON LOPE. ¿Qué quieres?
DON ALONSO. ¿Y Castillo?
DON LOPE. No hay sosiego
con su temeridad. Indiferente
a los dardos y flechas, muerte halló.
DON ALONSO. ¡Dios recoja la vida que le dio!

(Salen. Se oye la música de "El canario". Entran BENCOMO, MANIL, SILEY, TINGUARO y otros guerreros.)

- BENCOMO. ¡Gracias al divino Sol
por la victoria ganada!
SILEY. ¿Y a esto le llaman espada?
BENCOMO. Es su nombre en español;
que de la espada sospecho
nombre el de España tomaron.
SILEY. ¿Luego ellos la inventaron?
TINGUARO. Mas no les fue de provecho.
MANIL. A esto llaman un sombrero,
y a esto, ropilla o jubón.
TINGUARO. Y esto, aquí, los rayos son.
Probar a soltarlos quiero.
MANIL. ¡Ten cuidado! ¡Quita allá!
TINGUARO. No salen.
BENCOMO. Pruébalo, a ver.
TINGUARO. No acierto.
MANIL. *(Mostrando una bota de vino.)*
¿Y qué puede ser
esto que aquí dentro está?
Un español lo trafa,
y huyendo por una roca

se lo ponía en la boca
y no sé qué le decía.
Quiero esconderlo, y después
veré lo que dentro tiene.
TINGUARO. ¡Qué triste la infanta viene!

(Entra DÁCIL. Cesa la música.)

BENCOMO.

¿Día de tristeza es
el de tan alta victoria?

DÁCIL.

No estoy yo triste, señor.

BENCOMO.

Merezco yo, gran favor,
que te alegres de mi gloria.
Mira tantos enemigos
por esas laderas muertos,
y de sus galas cubiertos
nuestros guerreros y amigos.
Las almas que os habían dado,
a morir con ellos fueron;
la riqueza que trajeron,
en esta tierra han dejado.
Lo hemos, pues, de celebrar.
¡Ea, mis gentes! ¿Qué hacemos?
¡Ni una prenda les dejemos!
TINGUARO. ¡Desnudos han de quedar!

SILEY.

TINGUARO.

(Salen todos, menos DÁCIL y MANIL.)

DÁCIL.

¡Ay, Manil, y cuántas veces
te dije que me buscases
aquel español que adoro!

MANIL.

Le busqué, y el Sol lo sabe.
Pero había tantos muertos
que me fue imposible hallarle.
DÁCIL. ¿Luego es muerto?

DÁCIL.

MANIL.

No lo dudes.

DÁCIL.

Entonces he de matarme.

MANIL.

Sería gran necedad.

DÁCIL.

Dicen que las almas parten

al punto, cuando se mueren
los cuerpos, a un reino grande.
Si se ha muerto mi español,
luego, con que yo me mate,
iré al reino donde está.

MANIL. ¿Y has de ir tu sola a buscarle?

DÁCIL. ¿Quieres tú venir conmigo?

MANIL. ¡Bien quisiera acompañarte!

Mas, ¿cómo me mataré?

DÁCIL. Eso, Manil, es muy fácil.

MANIL. A mí no me lo parece.

DÁCIL. Puedes, como yo, arrojarte
de este risco.

MANIL.

Prueba tú
primero, para enseñarme.
Aunque, si verdad te digo,
entre las armas que traen
los españoles, yo hallé
ésta que ves, esta tarde.

(Le muestra una bota de vino.)

DÁCIL. ¿Qué es lo que tiene eso dentro?

MANIL. Algún veneno.

DÁCIL. ¡A ver, dame!

MANIL. Espera, probaré yo.

(Bebe.)

DÁCIL. ¿Qué te parece?

MANIL. Bien sabe.

DÁCIL. Pues dame a mí.

MANIL. Espera un poco.

DÁCIL. ¿Otra vez?

MANIL. ¡Quiero matarme
de prisa, por no sentirlo!

¡Oh, qué muerte san tuave!

DÁCIL. ¿Cuándo me he de matar yo?

MANIL. Espera, ¡así Dios te guardel,
que para morir me falta
un poco por esta parte.

(Bebe de nuevo.)

DÁCIL. ¿Estás ya muerto del todo?
MANIL. Temo que el veneno falte
por lo que tardo en morirme.

DÁCIL. Pues si dejas que se acabe,
¿con qué me he de matar yo
para que a la tierra baje?

MANIL. Yo me moriré por ti.

DÁCIL. ¡Dámelo ya, no me canses!

MANIL. Toma, y muérete un poquito.

(Bebe DÁCIL.)

DÁCIL. Ya he bebido.

MANIL. Pues no aguardes.

¿Hay más alegre camino
de cuantos el mundo sabe
como el irse al otro mundo
sin pagar el viaje a nadie?

DÁCIL. ¡Buena cosa es el morir!

Todo es risueño.

MANIL. ¡Adelante!

Pues que lo hemos decidido,
¡murámonos esta tarde!

*(Vuelve a beber. Entra el CAPITÁN CASTILLO,
herido.)*

C. CASTILLO. El que sale entre los muertos,
¿para qué entre vivos sale
que pronto le han de matar?
¡Bendito cielo, ayudadme!
¡Sostenedme, espada, un poco,
no para que en vos descanse,
sino porque en vuestra cruz
diga mis preces finales!

MANIL.

¿Estamos ya en otro mundo?

DÁCIL.

¡Ay, Dios, que muerte agradable:
veo a mi español querido!

C. CASTILLO.

¿Qué ven mis ojos delante?
¿Es Dácil?

DÁCIL.

Yo soy, mi bien.

C. CASTILLO.

Mal herido vengo, Dácil,
para morirme en tus brazos;
favor que el cielo me hace.

DÁCIL.

Luego, ¿no estás muerto?

C. CASTILLO.

No.

DÁCIL.

Pues yo acabo de matarme.

C. CASTILLO.

Por fortuna no es así.

DÁCIL.

Sí, mis ojos: por buscarte.
Con un arma de españoles,
que dentro veneno trae.

C. CASTILLO.

Deja ver...

DÁCIL.

Esta es, señor.

C. CASTILLO.

Pues con ella he de curarme
de las heridas que tengo,
que esto es un licor suave
que allá le llamamos vino.
Vamos, mi bien, a curarme,
¿No estoy muerta?

DÁCIL.

Sí. De sueño.

C. CASTILLO.

DÁCIL.

Pues ven, que quiero guardarte
de la furia de esta gente,
y con hierbas saludables,
que aquí conocemos muchas,
secretamente curarte.

C. CASTILLO.

Te daré el alma mil veces.

DÁCIL.

Mejor es que en ti la guardes
y no me des alma ahora
que me lleve por los aires.

(Salen.)

T E L O N

ACTO TERCERO

CUADRO PRIMERO

Un año después.

(Hablan DÁCIL y el CAPITÁN CASTILLO al pie de una gran roca. CASTILLO viste a la usanza de los guanches.)

- C. CASTILLO. ¿Qué es lo que piensas de mí?
DÁCIL. Que a otras costumbres te has hecho después que te cubre el pecho el mismo traje que a mí.
- C. CASTILLO. ¿Celos, Dácil? ¿Sí? ¿De qué?
DÁCIL. De estas mujeres hermosas, que de mi bien envidiosas te persiguen. Yo lo sé. Mira que hace un año ya que estás prisionero aquí; que la vida que te di...
- C. CASTILLO. En ti prisionera está. Piensa que soy bien nacido y que, allí donde hay nobleza, se tiene por gran bajeza el no ser agradecido. Me curates, y de la muerte me devolviste a la vida. Si está el alma agradecida, cosa es que pronto se advierte.

DÁCIL. ¿Y por qué no te decides
a ser mío, como soy
tuya?

C. CASTILLO. Porque siempre estoy
pensando, si razón pides,
que vengan los españoles
para que de aquí nos lleven.

DÁCIL. No hay temor de que lo prueben,
pues la última vez mostróles
mi padre notables bríos.
Mató ochocientos, y más.

C. CASTILLO. Pronto, señora, verás
los artillados navíos
de mi valiente nación,
cubiertos con los pendones
de castillos y leones
y las barras de Aragón.
Cuatro islas han ganado
con indomable valor
al señor de Betancor,
de Gran Canaria expulsado.
Que el capitán general,
llamado Alonso de Ocampo,
general es que en el campo
merece fama inmortal.
Con Lope Fernández Guerra,
natural de las Montañas,
hicieron grandes hazañas
por el mar y por la tierra.
Y Trujillo de la Coba,
de Jerez de la Frontera,
que por su ardor se dijera
que a Marte la espada roba.
Con don Alonso de Lugo
a Tenerife vinieron,
muchos que entonces murieron,
otros que sufren el yugo.

Pero no por eso creas
que dejarán de volver.

(*Suena, a distancia, el disparo de un arcabuz.*)

DÁCIL. ¡Ay, cielos! ¿Qué puede ser?
C. CASTILLO. Señal para que me creas.

¿Ves cómo mi gente es ésta?
Cuando de su fe que admiro
no estás cierta, quiso un tiro
que lo estés de su respuesta.
¡Cielos, por tanto favor
beso la tierra mil veces!

DÁCIL. Si su llegada encareces,
fingido ha sido tu amor.

C. CASTILLO. ¿No es natural que reciba
con su llegada placer?

DÁCIL. Sólo sé que he de temer
que amor de su bien me priva.
Te irás, español, ahora.
¡Triste de mí!

C. CASTILLO. No es razón
que creas esa traición
de un hombre que bien te adora.

DÁCIL. Bien lo veo en el contento
que muestras.

C. CASTILLO. Esta alegría
nace de la patria mía,
y es natural sentimiento.

DÁCIL. ¿Jura serás mi marido
ya que te precias de hidalgo?

C. CASTILLO. Te juro, por cuanto valgo,
ser como hasta ahora he sido.

DÁCIL. Nombraré un testigo.

C. CASTILLO. ¿A quién?

DÁCIL. A esa roca.

C. CASTILLO. ¿Todavía
tus creencias?

DÁCIL. Algún día
me puede importar, mi bien.

C. CASTILLO. Pues repito que te doy
en presencia de esa peña...

DÁCIL. ¡Espera; tu mano enseña!

C. CASTILLO. Repito, a fe de quien soy,
ser un día tu marido.

DÁCIL. *(A la roca.)*

¡Escucha bien lo que escuchas!

C. CASTILLO. He visto ignorancias muchas
y muchas cosas he oído
de estos isleños, después
que los trato, mas como ésta
ninguna.

DÁCIL. No me molesta
que ya con tu gente estés,
porque me has dado tu mano
y es esa roca testigo.

C. CASTILLO. Ya ves que a todo me obligo.

DÁCIL. Gracias, valiente cristiano.

(Salen los dos. Entran MANIL y FIRÁN.)

MANIL. Por aquí trae el ganado,
que ya es hora de ordeñar.

FIRÁN. ¿Por aquí? ¡Si esto hacia el mar
nos lleva, y no hacia el prado!

MANIL. Como ya libre nos da
el español su ribera,
puedes llevártelo fuera
del monte y prado en que está.

FIRÁN. ¡Nunca vuelvan, quiera el Sol,
a Tenerife esos locos!

MANIL. Valientes son, mas son pocos;
que una vida de español
ha costado mil isleños.

FIRÁN. Dicen que habrán de volver.

MANIL. No se deben de atrever,
o no los dejan sus dueños.
Sus dueños los Reyes son
de Castilla.

- MANIL. Hemos de tener cautela.
 FIRÁN. ¿Cautela ante esta hermosura?
 MANIL. ¡Guarda de los españoles!
 Un cierto licor bebí
 una vez, y me dormí
 tres días con sus tres soles.
 Sin duda que se han dejado
 esta Mujer, que ha parido
 en esta cueva.
- FIRÁN El marido,
 vencido y desorientado,
 debió de huir hacia el mar,
 y en el monte la dejó.
- MANIL. Aquí, sin duda, parió.
 FIRÁN. Mas, ¿por qué en este lugar,
 que es un pesebre de ovejas?
- MANIL. Al Muchacho abrigaría
 en el pesebre aquel día
 para consolar sus quejas.
 Veamos. ¡Buena Mujer!
 ¡Eh, buena Mujer!
- FIRÁN. No habla.
 MANIL. Muda está como una tabla.
 FIRÁN. Pues no lo debe de ser.
 Porque mujer y no hablar
 no es posible. Si querría
 que la llamasas María,
 porque así suelen llamar
 los de España a sus mujeres...
- MANIL. ¡Eh, María! Oye. ¿No veis
 que esa casa que tenéis
 es nuestra?
- FIRÁN. ¡Qué blando eres!
 ¡Oye, María; oye, Madre
 de ese Niño! Habladme a mí.
- MANIL. ¿Era soldado su padre?
 ¿Murió en la batalla?
- MANIL. Creo,
 Firán, que nos tiene en poco.

FIRÁN. ¡O habla, o yo me vuelvo loco!
 MANIL. Que hable es también mi deseo.
 ¡Mujer, la de la candela,
 hablad y salid acá!

(Pausa.)

FIRÁN. ¡Como se estaba se está!
 Ningún peligro recela.
 MANIL. ¿Es bueno, pues, que os vengáis
 al pesebre de mis cabras,
 y ni paguéis con palabras?
 ¡Salid fuera! ¿Qué aguardáis?
 ¡Pardiez, que os he de tirar
 esta piedra! ¡Ay, ay de mí!
 ¿Qué tienes?

FIRÁN. Que el brazo, así
 MANIL. se me ha venido a quedar.
 Bájale.

FIRÁN. No puede ser.

MANIL. ¿Se ha secado?

MANIL. Está tan yerto
 como si estuviera muerto.
 FIRÁN. Te ha embrujado esa Mujer.
 Un cuchillo tengo aquí,
 que a un español le tomé.
 Esa mano os cortaré
 como castigo... ¡Ay de mí!
 ¡Ay, Manil, que me he cortado
 mi propia mano!

MANIL. ¿Quién eres,
 ¡oh, Reina de las mujeres!,
 que así nos has castigado?
 ¡Eh, pastores de la sierra!
 ¡Oíd, isleños: traición
 de la enemiga nación
 que nos diera tanta guerra!
 ¡Rey mío, venid aquí!

(*Entran el REY BENCOMO y sus guerreros.*)

BENCOMO.
MANIL.

¿Qué es esto? ¿Por qué das voces?
Otros peligros atroces
nos cercan.

BENCOMO.

¿Y cómo así?

MANIL.

¿No hace un año que la tierra
en paz y sosiego está?

BENCOMO.
MANIL.

Alguien dejaron acá
que esa oscura cueva encierra.

¿No veis allí una Mujer?

¿Una Mujer? ¿Dónde?

Allí.

Queriendo hablarle, ¡ay de mí!,
no me quiso responder.

Cogí una piedra del suelo,
la fui a tirar, y al tirar
me hubo el brazo de dejar
como convertido en hielo.

Firán, que el caso veía,
se fue a cortarle una mano.
Se cortó la suya.

BENCOMO.

En vano

la embrujadora porfía
por librarse de la muerte.

MANIL.

Pondré en el arco una flecha.
¡Tente, Rey, que no aprovecha
contra una Mujer tan fuerte!

BENCOMO.

¡No has de sujetarme, necio!

MANIL.

¡Señora, ayudadme ahora
para que os libre!

(Vuelve a mover el brazo.)

¡Ay, Señora,
qué gran valor, qué gran precio
debéis de tener en Vos,
que quien esto pudo hacer
o es Hija, o Madre, o Mujer
de algún poderoso Dios!
En Vos desde hoy más confío,
y por mi Rey os abrazo,
pues yendo a tener el brazo

suyo, me disteis el mío.
Sano estoy, gracias a Vos.

BENCOMO.

¿Que estás sano?

MANIL.

¿No lo veis?

BENCOMO.

¿Quién sois, Señora?

MANIL.

¡Si habéis

adorado al Sol por dios,
mirad cómo tiene aquí,
en los brazos, un Sol tal
que oscurece al celestial!

FIRÁN.

Ruégale, Manil, por mí.

(Entran PALMIRA y otras mujeres.)

PALMIRA.

¿Qué hacéis de esta manera descuidados,
isleños, con la paz, y en tanto olvido
de aquellos españoles castigados,
que una vez más, audaces, han venido?
Ya resplandecen en la playa, armados
de aquel su acero de oro guarnecido;
ya responden los aires a sus truenos,
de fuego vivo y negro polvo llenos.
Los pájaros navíos, cual de flores
un prado por abril cubrir pudieran,
se adornan con banderas de colores
por cuyas ondas las del mar se alferan.
Retumban los sonoros atambores,
y las blancas espadas reverberan
con tal luz, que al mirarla en las orillas
tomárais por estrellas las cuchillas.
Los varios gritos, voces e instrumentos
empujan el aliento a la venganza,
y así de la victoria los acentos
de tanto ruido, anuncian la esperanza.
El cielo, el mar, las ondas y los vientos
favorecen su justa confianza.
Si no salís al paso, rendíos luego,
que es gente que en el agua prende fuego.
Palmira, soy el Rey. Ya por dos veces
eché de Tenerife a esos guerreros,

BENCOMO.

y mil les echaré, que sois jueces
 todos de mi valor y de mis fueros.
 Soy el dios de la mar, si ellos son peces.
 Este pino que ven mis hombres fieros,
 dará a sus naves golpes que les hunda
 en los abismos de la mar profunda.
 Ya somos todos españoles; mira
 que al fin su lengua ya entendemos. Vengan
 armados de metal, de acero, de ira,
 y esos rayos horrisonos prevengan,
 que como entonces morirán, Palmira,
 aunque más plomo y negro polvo tengan.
 Ved cómo soy; soy como aquel gigante
 que a beberse la mar era bastante.
 ¡Por el Sol, que si tomo los navíos,
 a España los arrojo con la mano!
 ¡Seguidme todos, capitanes míos,
 a luchar otra vez contra el tirano!

*(Sale el REY BENCOMO seguido de sus guerreros
 y de las mujeres. Quedan solos MANIL y FIRÁN.)*

FIRÁN.

Detente un poco, Manil,
 y pues tu brazo cobraste,
 pídele a esa Señora
 que mi mano me restaure.
 No te vayas sin decirle
 mi dolor.

MANIL.

Señora Madre
 de ese Niño: así mil años
 le goce, abrace y regale;
 así le vea tan hombre
 que derribe a los gigantes.
 Cura la mano a Firán
 como a mí el brazo curaste.
 Señora de la Candela,
 que no sé qué nombre darte
 a no ser el de María,
 que es allá nombre de madre:
 dadle la mano, y creed

que cada mañana y tarde
vendremos los dos aquí
para que jamás os falte
el necesario sustento:
leche, miel y dulces dátiles.
Y a vos, Niño, si tenéis
gusto por pájaros tales,
os prometo traerlos vivos,
y así juguéis y ellos canten.
María de la Candela,
oíd mis ruegos, sanadle,
que daño no quiso hacer.

FIRÁN.

¡Ay, Señora, perdonadme,
que a vuestro Niño prometo
traer mañana un haz grande
de cañas de azúcar! ¡Ay!

MANIL.

¿Qué es eso?

FIRÁN.

¡Cosa admirable!

¡Sané!

MANIL.

¿Sanaste?

FIRÁN.

¡Sané!

MANIL.

Pues bésale los pies.

FIRÁN.

Dadme,

Señora, esos pies mil veces.

(Suenan, lejos, los tambores de los españoles.)

MANIL.

¡Cajas suenan!

FIRÁN.

El alarde

de los españoles es.

MANIL.

Lejos están, y ya esparcen
el vivo fuego a los pechos
y el polvo negro a los aires.

(Cesan los tambores.)

FIRÁN.

La isla se ha de perder.

(MANIL da unos pasos, mirando al cielo.)

MANIL.

Van por el aire sutil.

FIRÁN.
MANIL.

¿Qué estás hablando, Manil?
Quiero darle de comer,
antes de irme, a la Señora
de la Cándela, Firán.
Y esos pájaros que van
azotando el aire ahora,
no se quieren detener,
y al Niño le he prometido
coger alguno.

FIRÁN.
MANIL.
FIRÁN.

~~Esasí.~~ Entendido.

¡Pues no lo puedo coger!
El pájaro le darás
a nuestro Niño otro día.

MANIL.
FIRÁN.
MANIL.

Ahora dárselo querría.
Mas, ¿cómo lo cogerás?
La copa de aquel manzano
se cubre de ellos. ¿Qué haremos?

FIRÁN.
MANIL.

Vivo no lo cogemos.
Vivo ha de estar en su mano.
¡Ah, pajarillos canarios,
cuyos sabrosos piquillos
andan picando ramillos
por esos árboles varios!
¡Ah, jilguerillos pintados
más que vestido español,
que le dais música al Sol
luego que dora los prados!
¡Ah, calandrias, que cantáis
a la aurora en los barbechos!
Golondrinas que en los techos
de las cabañas moráis;
ruiseñores, tan corteses
y discretos en callar,
que sólo os oyen hablar
en todo el año tres meses;
aberramías, doranes,
que andáis por esos palmitos;
oropéndolas, mosquitos,
lechuzas y alcaravanes;
gorriones prevenidos,

que llaman zorras con alas;
 flautas llenas de más galas
 que los campos más floridos,
 bajad, bajad, que os lleve
 de vuestro asiento frondoso
 a este mi Niño amoroso,
 para su mano de nieve.
 ¡Hazlo, Señora divina
 de la candela en la mano!

*(El árbol, lleno de pájaros, se inclina ante
 MANIL.)*

FIRÁN. ¡Oh, milagro soberano!
 MANIL. ¡El árbol la copa inclina!
 FIRÁN. Coge el pájaro, Manil.
 MANIL. No cojo... por escoger.
 FIRÁN. Mira, este puedes coger:
 parece un florido abril.

(MANIL toma el pájaro.)

MANIL. ¡Ea, en su mano pequeña
 no todos pueden haber!

(El árbol se endereza.)

FIRÁN. Te oyó y pareció entender.
 MANIL. Otro prodigio que enseña
 que esta gran Señora es
 más diosa que el mismo Sol.
 FIRÁN. ¿Será Ella el Dios español?
 MANIL. No has de dudarlo. A tus pies,
 Señora de la Candela,
 estoy de nuevo rendido.
 FIRÁN. ¡La candela se ha encendido!
 MANIL. Y el pajarillo se vuela
 a la mano de su Niño.
 FIRÁN. Holgaos, mi Niño, con él.
 MANIL. No vi tan rojo clavel.
 FIRÁN. Ni yo más nevado armiño.

FIRÁN. Me pesa que les dé el sol.
 MANIL. No ha de pesarte, Firán,
 que yo iré, pues cerca están,
 por un sombrero español.

FIRÁN. Mas, ¿cómo te atreverás?

MANIL. Algo llevaré a vender,
 y por ello podrá ser
 que me lo den.

FIRÁN. ¡Loco estás!

No es justo que el español
 te dé nada.

MANIL. Bien lo sé.

Ni es justo que el sol les dé,
 pues son más bellos que el sol.

*(Oscuro. Se oye de nuevo el redoblar de los
 tambores, más cerca.)*

CUADRO SEGUNDO

*(Cesa el redoble. Entran DON ALONSO DE LUGO
 y un grupo de conquistadores, con escolta de sol-
 dados.)*

DON ALONSO. Con tanta prosperidad,
 ¿quién duda el fin de la empresa?

DON LOPE. ¡Tierra, traemos amistad,
 ya que la mar nunca cesa
 de negarnos su piedad!

VALCÁZAR. El Angel que siempre guía
 a don Alonso, parece
 que viene en su compañía.

C. TRUJILLO. Lope Fernández merece
 por su ejemplar hidalguía,
 como fue el vender su hacienda
 y así de nuevo se emprenda
 el intento comenzado,
 fama donde el sol dorado
 sus rojos rayos extienda.

DON ALONSO. Con la hacienda que ha vendido,
fama ha comprado inmortal,
aunque siempre la ha tenido.

DON LOPE. Me basta, mi general,
que os haya en algo servido.

*(Se oye una voz que canta, dentro, mientras
pasa por los cielos una procesión de candelas.)*

VOZ. *(Cantando.)*
Aquel que todo lo supo,
que es Dios, que todo lo sabe,
Virgen, te alabe;
pues en tus entrañas cupo
y en cielo y tierra no cabe.

C. TRUJILLO. ¡Bella música!

DON ALONSO. ¿Es aquí?

DON LOPE. Es de tierra adentro.

VALCÁZAR. Sí.

DON ALONSO. Mas, ¿música concertada
en estas tierras?

C. TRUJILLO. En nada
orden ni concierto vi
cuando trataba con ellos.

DON ALONSO. Mirad, ¿no veis coronados
de aquel monte los cabellos
de más orbes estrellados
que el cielo que está sobre ellos?

DON LOPE. Las luces que desde el mar
vimos en tierra, son éstas.

DON ALONSO. Ya no tenéis que dudar,
pues la tierra os hace fiestas
porque la habéis de ganar.

C. TRUJILLO. Bien desde el mar os decía
que el resplandor que veía
era en Tenerife.

VALCÁZAR. ¡Extraño
prodigio!

DON LOPE. Aquel primer año
que con tan nueva osadía

a Tenerife vinimos,
por esos montes pusimos
cruces, cuyo verde suelo
corona de luz el cielo.

C. TRUJILLO. Yo me acuerdo que trajimos
Castillo —Dios le perdone—
y yo una grande a aquel risco.

DON ALONSO. Bien puede ser que corone
el cielo aquel obelisco,
volcán donde el sol se pone.
Pero pienso que es lo cierto
que estos bárbaros, que entienden
que ya llegamos a puerto,
fuegos juntándose encienden.

C. TRUJILLO. Si a Trujillo le permites
desamparar tus banderas,
iré a ver si esas hogueras
son de sus fiestas convites.

DON ALONSO. Por lo que pudiera ser,
marchar juntos es mejor,
pues ya sé vuestro valor
y no lo quiero perder;
que en el monte hay luces varias,
y sé que son luminarias
de la victoria que, en él,
a Fernando y a Isabel
dan hoy las islas Canarias.

*(Salen todos con gran algazara. Entra MANIL.
Suenan toques de trompeta.)*

MANIL. En mala ocasión llegué,
pues asombrando a estas peñas
las trompetas hacen señas
que la batalla se dé.
Vine por un guardasol,
y no querría llevar
una bala, que del mar
arroja el fiero español.

(Recoge del suelo una bota de vino.)

¡Oh, españoles, qué prudentes
os hizo vuestro señor!
Si bebéis este licor,
¿qué mucho que seais valientes?

(Se oyen disparos de arcabuces y cañonazos lejanos.)

Crece el tirar, ¡ay de mí,
que no me dejan probarte!
Pero si puedo llevarte,
¿a qué me detengo aquí?

(Sale rápidamente, llevándose la bota. Empieza de nuevo la danza guerrera de españoles y guanches. Ahora son éstos los que, al final del combate, retroceden, acosados por los españoles. Termina la danza guerrera. Oscuro. Queda la música, alejándose, como fondo del comienzo del cuadro siguiente.)

CUADRO TERCERO

(Aparece DÁCIL en lo alto de la roca.)

DÁCIL. ¡Ah, españoles, que parece
que traéis nuevo valor,
pues vencéis al vencedor
que vuestro laurel merecél
Ya la suerte se ha trocado.

(Desciende de la roca. Entra el CAPITÁN TRUJILLO.)

C. TRUJILLO. ¡Tente, mujer!
DÁCIL. Aquí estoy.
Si la muerte en busca voy,
¿qué puedo temer, soldado?
C. TRUJILLO. No he visto cosa que aquí
más codicia me despierte.
DÁCIL, Español, dame la muerte.

- C. TRUJILLO. Escúchame antes así:
aunque yo a matar viniera
mujeres, te reservara
por lo que obliga esa cara.
- DÁCIL. ¿Qué es lo que tu brazo espera?
- C. TRUJILLO. ¿Eres mujer principal?

(*Entra el CAPITÁN CASTILLO.*)

- C. CASTILLO. ¡Hola, capitán valiente!
¿Cuándo la española gente
suele proceder tan mal?
Sabe que a Dácil perdí;
por eso es cautiva ya.
Justo fue, pues la rogué
esconderse, y aquí está.
Mas no se ganan los nombres
—si lo que pareces eres—
cautivando las mujeres,
sino matando los hombres.
Suelta la presa, y camina.
La vida, español, te doy.
- C. TRUJILLO. ¿Sabes, osado, quién soy
y que esta hermosura inclina
a detenerse los ojos?
- C. CASTILLO. Sé que no estás muerto ya
porque ella contigo está.
- C. TRUJILLO. Ella será mis despojos
mientras quedarás tú aquí,
muerto a mis manos.
- C. CASTILLO. ¿Quién? ¿Yo?
Mal sabes que el ser me dio
la misma patria que a tí.
Aunque hoy nos habéis vencido,
yo no lo estoy, y la gloria
sin mí de vuestra victoria
tan fácil no hubiese sido.
- C. TRUJILLO. ¡Me asombras, tan arrogante!
Pues, ¿qué puedes tú importar,
ni gloria alguna quitar

en victoria semejante?
 ¿Quién eres? ¿Eres el rey
 de esta isla?

C. CASTILLO. Un hombre soy
 que en estas tierras estoy,
 pero no soy de su ley.

C. TRUJILLO. ¡Lo quiso el cielo!

C. CASTILLO. Eso creo.

C. TRUJILLO. ¿Sois el capitán Castillo?

C. CASTILLO. Soy Castillo, y vos, Trujillo.

C. TRUJILLO. ¡Cumplió el cielo mi deseo!
 Pero, ¿vivís?

C. CASTILLO. ¿No lo veis?
 Herido y muerto me vi.
 Por esta mujer viví,
 que ya por vuestra tenéis.

C. TRUJILLO. Su esclavo seré, y le ruego
 que me perdone.

DÁCIL. Señor,
 yo lo soy de su valor.

C. TRUJILLO. Pues perdonadme, que luego
 a Castillo os traeré,
 porque no tendréis a mal
 que lo lleve al general.

C. CASTILLO. Señora, pronto vendré;
 que ahora es justo que me vean
 los amigos.

DÁCIL. Si allá vais
 no volveréis.

C. CASTILLO. No temáis,
 ni vuestros recelos crean
 que me olvidaré de vos.

C. TRUJILLO. ¡Ea, Castillo, no tardéis!

C. CASTILLO. Así os ruego que esperéis,
 pues volveremos los dos.

C. TRUJILLO. Palabra os doy de traeros
 vuestra prenda.

DÁCIL. En vos confío,
capitán, todo el bien mío.

(Se aleja de los dos.)

C. TRUJILLO. ¿Y vivir habéis podido
entre gente extraña?

C. CASTILLO. Sí,
que viviendo Amor en mí,
puse la patria en olvido.

(Salen los dos. DÁCIL queda sola. Suena un fondo musical de arpas.)

DÁCIL. Ya me espantaba yo que la fortuna,
la mayor enemiga que Amor tiene,
no mudase mi bien al mal que viene,
pues no sabe tener firmeza alguna.
¡Qué presto a los contentos importuna
los pesares solícita previene!
¡Qué poco en un estado se detiene,
pues no ha parado próspera ninguna!
Mas aunque más mudable y fácil eres,
seré más firme mientras más me asombres,
por vencer la opinión de las mujeres.
De fáciles nos dan mudables nombres,
y todos nuestros varios pareceres
los hemos aprendido de los hombres.

(Cesa la música. Entra el REY BENCOMO.)

BENCOMO. Ya, por lo menos, enemiga suerte,
no tengo que temer, que es el consuelo
de los que vienen a un estado triste.
Vencieron esta vez los españoles
mis arrogantes fuerzas con sus artes.
No hallé defensa a sus veloces rayos
en mis arcos y flechas venenosas,
¿Quién está aquí?

DÁCIL. Quien llora tus desdichas.

BENCOMO. No es desdichado, hija, el que te ha visto.
Es la desconfianza que me ha dado
día de tanto mal para nosotros;
y si tu cautiverio solamente
puede ser para mí muerte y desdicha,
ruégote que te escondas, mientras pasa
la furia de estos hombres y reúno
la gente que me queda y la que espero
para probar una vez más mi suerte.
DÁCIL. Aunque te deje, voy a obedecerte.

(Sale DÁCIL. Ahora se oye un fondo musical, muy tenue, de trompetas. En lo alto de la roca aparece la figura del Arcángel San Miguel con una espada de fuego en la mano.)

ARCÁNGEL. ¡Rey de Tenerife, escucha!

BENCOMO. ¡Ay, cielos! ¿Eres el Sol?

Para ser rayo español
esa claridad es mucha.

ARCÁNGEL. Rey, yo soy el Capitán
de las milicias del cielo,
a quien también las del suelo
hoy los españoles dan.

Yo hê sido su protección,
las siete islas conquisto,
y el Evangelio de Cristo
quiere tomar posesión,
Dale piadosa acogida,
que, si no te rindes luego,
con ésta espada de fuego
vendré a quitarte la vida.

(Desaparece la visión. Cesa la música.)

BENCOMO. ¡Qué bien has hecho, oh Capitán famoso,
en irte de mis ojos brevemente;
que helado el corazón, y temeroso,
lugar apenas en el pecho siente!

(Huye el REY. Entra DON ALONSO DE LUGO con su séquito.)

- DON ALONSO. No pienso que fuera un sueño.
- DON LOPE. Ni lo parece, señor.
- DON ALONSO. Aunque el ver vuestro valor,
casi de estas islas dueño,
me pudiera sosegar,
no vivo tan sosegado
que no desvele el cuidado
mis ojos en tierra y mar.
Cierto que al Angel veía
con siete ninfas hermosas
que, coronadas de rosas,
al rey Fernando ofrecía.
Le pregunté, entre mil varias
luces, músicas y fiestas:
"Dime, Arcángel, ¿qué son éstas?"
y respondió: "Las Canarias.
Que ya todas siete son
de Fernando e Isabel,
que por Castilla y por él
hoy tomaréis posesión".
Y díjome que buscase
en este monte un tesoro.
- VALCÁZAR. Sin duda que hay plata y oro.
- DON ALONSO. ¡Ah, si alguna mina hallase!

(Entran los CAPITANES TRUJILLO y CASTILLO.)

- C. TRUJILLO. Porque sé que os ha de dar
este presente contento,
lo traje y os lo presento.
- DON ALONSO. No tengo con qué pagar
hasta que hallamos ganado
la isla. ¿Es el general?
Porque personaje igual
no será humilde soldado.
- C. CASTILLO. Esclavo soy de Trujillo,
pues él me presenta a vos.
- C. TRUJILLO. Yo lo soy suyo. ¡Por Dios,
si es el capitán Castillo!
- DON ALONSO. ¿Castille dices?

C. CASTILLO.

Herido,

don Alonso, aquí quedé.

DON ALONSO.

¡Hoy nuestra victoria fue!

¡Hoy, al fin, hemos vencido!

Dadme esos brazos

C. CASTILLO.

¡Señor,

con esperanza de veros

he vivido, para haceros

demostración de mi amor!

DON LOPE.

¡Dadnos parte de Castillo!

VALCÁZAR.

Y a todos, señor, también.

DON ALONSO.

Vístanle, que no está bien

su traje.

DON LOPE.

Me maravillo.

de teneros ante mí.

C. CASTILLO.

Toda mi historia sabréis.

DON ALONSO.

Señores, pues ya sabéis

que está sano y salvo aquí,

recordad lo del tesoro,

que lo primero es pensar

dónde lo hemos de buscar;

que si en Tenerife hay oro,

¿qué otras Indias hay como ella?

DON LOPE.

Señalad el monte vos.

DON ALONSO.

Pues vamos, que espero en Dios

que siendo el Angel la estrella,

hoy tendrá España un tesoro.

VALCÁZAR.

Yo el primero he de cavar.

C. CASTILLO.

¿Qué es lo que pensáis hallar?

VALCÁZAR.

Lo menos, un monte de oro.

(Salen todos. Entra MANIL.)

MANIL.

Este sombrero que hallé,

o que tomé con cautela,

Señora de la Candela,

porque menos sol os dé

traigo con este contento

que de serviros recibo,

pues por vos pienso que aún vivo
 y es muy justo pensamiento.
 Me pesa que no encontré
 otro chiquito que diera
 a vuestro Hijo, pues quisiera
 que el sol tampoco le dé.
 Pues como está tan dormido
 con la leche que le dais,
 si del sol no le guardáis
 os va a quedar dolorido.
 Aunque, si mejor pensara,
 yo diría de los dos
 que el mucho sol que os da a Vos
 a El le sale de la cara.
 Abrir quiero.

*(Quita las ramas de la gruta y se ve el interior,
 vacío.)*

¡Ay, ay de mí;
 que no están aquí! ¿Qué haré?
 Señora, ¿adónde se fue?
 ¿Por qué me ha dejado así?
 ¡Ay de mí, Señora mía,
 Señora de la Candela!
 ¿Dónde está, que no consuela
 mis penas en este día?
 No soy bárbaro guerrero.
 ¿Dónde se fue? ¿Dónde está?

(Entran BENCOMO, DÁCIL, guerreros y mujeres.)

SILEY.
 BENCOMO.
 DÁCIL.

Por aquí regresan ya.
 Rendirme y hablarles quiero.
 No soy yo de parecer
 que a una gente tan ingrata
 te rindas, ni a Tenerife,
 nuestra antigua y noble patria,
 sujetes còbaramente
 al loco imperio de España.

- BENCOMO. ¡Calla, hija, que no es justo,
si el cielo nos amenaza,
querer resistir al cielo!
- SILEY. Señor, los cristianos bajan.
- PALMIRA. ¡Ay, si viniese Trujillo!
- ERBASIA. ¡Ay, si viniese Valcázar!

(Entran DON ALONSO DE LUGO y todos los españoles. CASTILLO viste de nuevo el uniforme de capitán.)

- DON ALONSO. Por aquí habéis de cavar;
que las candelas que estaban
por corona de este monte,
que está aquí, el oro señalan.
- BENCOMO. Si buscáis, cristianos fuertes,
oro, perlas, piedras, plata,
los hallaréis escondidos
sólo en nuestras propias almas,
con las cuales nos rendimos
como el cielo nos lo manda
por un capitán que hoy
con una temible espada
me amenazó!
- DON ALONSO. ¡Tente, Rey!
Alza del suelo, que basta
el nombre a cuyo valor
respeto justo se guarda.
Si el cielo os manda rendiros
a los que ahora os abrazan,
manda que con gran amor
celebrems esta hazaña.
- TODOS. Sea.
- DON ALONSO. Para que yo crea,
señor, si es que esto no os cansa,
que lo que dicen las lenguas
es lo que sienten las almas,
¿en qué parte de este monte
hay minas de oro o de plata?

- BENCOMO. Ya os dije nuestra pobreza;
que si aquí el cielo las guarda
no lo sabemos nosotros,
si bien en estas montañas
hemos visto muchas luces.
- DÁCIL. Aunque amistades hoy hagan,
españoles más dichosos
que valientes, con España
estos nuestros viles hombres,
las mujeres, que se agravian,
no pasan por estas paces.
- DON ALONSO. Pues, ¿por qué razón no pasan?
- DÁCIL. Porque sois unos traidores;
y yo, que he sido engañada
de ese soldado que ya
tenéis tan lleno de galas,
afirmaré que lo sois
y seguiré la campaña.
- C. CASTILLO. No disgustes a tu padre
ni a tus isleños, infanta;
que no es traidor el que debe
amor, si en lo mismo paga.
- DÁCIL. ¿Y en qué me pagas a mí,
si me has dado tu palabra
de ser mi esposo y te vas
con tus soldados? ¡Aguarda!
Peña, ¿no fuiste testigo?
¿No me la dio?
- C. CASTILLO. ¿Piensas que hablan
las rocas?
- DÁCIL. Cuando Dios quiere.

(Aparece sobre el risco la imagen de la Virgen de la Candelaria.)

- DON ALONSO. ¡Oh, qué maravilla extraña!
El tesoro estaba aquí,
que es la Virgen Candelaria.
- C. CASTILLO. Señora, testigo seas
de que cumplo mi palabra.

- MANIL. Españoles, si sabéis
quién es esa hermosa dama,
decidlo a un hombre que ha días
que de su pobre labranza
trae a su Niño y a Ella
leche, miel y frutas varias.
- DON ALONSO. Esta es la Madre de Dios,
la que en sus entrañas santas
le trajo y parió, quedando
virgen.
- BENCOMO. ¡Hermosura rara!
Por ella todos queremos
de vuestro bautismo el agua.
- C. CASTILLO. Y yo casarme con Dácil,
en siendo Dácil cristiana.
- C. TRUJILLO. Yo, señores, con Palmira.
- VALCÁZAR. Y yo con la bella Erbasia.
- DON ALONSO. Por lo menos, comenzamos
la población con tres casas
y con tan sagrado templo
de la Virgen Candelaria,
que ha de ser nuestra Patrona.
- DÁCIL. Y aquí la comedia acaba,
porque acabó en Tenerife
la conquista de Canarias.

T E L O N

LOPE DE VEGA

(1562 - 1635)



Monstruo de la Naturaleza le llamó la admiración de sus contemporáneos.

Hizo sus primeros estudios en el colegio de la Compañía de Jesús, y a los cinco años ya leía «en romance y en latin».

Después de matricularse y de estudiar durante unos pocos años en la Universidad de Salamanca, en 1583 embarcó como soldado en la expedición marítima de don Alvaro de Bazán, a la conquista de la isla Terceira.

En 1588 sufre una pena de destierro y rapta a doña Isabel de Urbina, con la que contrae matrimonio.

Embarca en la Armada Invencible, rumbo a «Inglaterra», y a la vuelta vive en Valencia, en contacto con la famosa Academia de los Nocturnos, en la que figuran Gaspar Aguilar, Guillén de Castro, Rey de Artieda y otros dramaturgos valencianos.

Muere Isabel en Valencia, y Lope, indultado del destierro, regresa a Madrid.

Tres años después, en 1598, vuelve a casarse, ahora con doña Juana de Guardo.

Publica varias obras. Manda representar innumerables comedias. Mantiene incontables amores, el más famoso el de Marta Nevares.

Imprime nuevos libros: prosa, versos, drama, comedias; todos los géneros.

La agitación de su vida privada le da un supremo golpe: la fuga de su amadísima hija Antonia Clara, morada de un galán que lleva el nombre de Tenorio. Y muere. Madrid le tributa grandiosos funerales.

Pedidos:

EDITORIAL ESCALICER, S. A.
Héroes del 10 de Agosto, 6
Apartado 459-MADRID-1

20 PESETAS